LA YPHIGENIA
EN TAURIDE.
TRAGEDIA.

De Don Domingo de Arquellada Mendoza.

Sobre la de Monsieur de la Touche.

DEDICADA

A la Exma. Sra. Condesa Duquesa de Benavente, y Gandia.

A LA EXMA. SEñORA MI SEñORA DOñA Maria Josefa Pimentel, Quiñones, Giron, Gusman, Silva, Mendoza, Borja, Carròz, Centellas, Cordova, Zuñiga, Mendoza, Herrera, Henrriquez de Cabrera, Ponze de Leon, Benavides, y Velasco. CONDESA Duquesa de Benavente, Duquesa de Medina de Rio Seco, y de Gandia: Condesa de Mayorga, de Melgar, y de Oliva. Marquesa de Jabalquinto, y de Lombay. Princesa de Esquilache. Señora de las Casas de Herrera, Almanzora, y Estevil; y de las Villas de Garrobilla, Bembibre, Castro Calbon, y Carbajales. &c. &c. &c. Dignisima Consorte del Exmo. Sor. Marques de Peñafiel, Grande de España de Primera Clase, Sucesor de los Exmos. Sres. Duques de Osuna. &c. &c. &c.

SEñORA

ATREUIMIENTO parece consagrar à Vxcia. los Ocios de mi Musa. Y à la verdad, Señora, si huviera de atenderse proporcion entre el Ara, y la Ofrenda, ¿qual se hallaria digna à los ojos de la Deidad? Pero al modo que alli se admite la elevacion del humo por Oblacion

pura de afectuoso rendimiento, aqui no se desdeñarà V. Excia. de mirar mi pequeña obra, como holocausto humilde que prepararon los afanes de mi Estudio. Solaces suyos son en mi las recreaciones de las Musas; y esta Pieza, una de las que mejor me han pagado el tiempo que las ocupo: dignese V. Excia. de admitirla, ya que no como trabajo meritorio, à lo menos, como dignacion que en V. Excia. publique aquella grandeza de Alma, que la anima: aquella afabilidad amable con que atrahe: aquella genial Synderesis, que como caracter resplandece en V. Excia: aquella... Pero arrojo el Pincèl; pues mas vale dexar en Bosquejo la Pintura, que derramàr en la Tabla borrones por colores.

¿ Y quien serà bastante à demostrar la grandeza de V. Excia? quando no bastan à numerarla las Dimensiones del Guarismo. ¿ Que elevacion gozaràn otras Casas, de que no orle V. Excia. los Timbres de la suya? Bien lo dicen los poderosos Estados de Benavente, Medina de Rio Seco, Gandìa; y con ellos, los Exmos. Apellidos de Pimenteles, Quiñones, Girones &. que aumentados en V. Excia. con su actual heroico enlaze, publican bien que es Bastago dignissimo de tan gloriosos Progenitores. Arrojo el Pincèl, y acogiendome à mi ignorancia, dexo el empeño à talentos capaces de la empresa: que yo solo aspiro à ofrecer à V. Excia. mi eterno agradecimiento, que intentarè acreditar algun dia solicitando tan alta proteccion para obra mas digna

de

de su amparo.

Dios Nro. Señor prospere la Vida de V. Exc la. dilatados años.

Excma. Señora.

B. L. P. de Vxcia.

Su mas reconocido y atento Criado

Don Domingo Josef de Arquellada Mendoza

YPHIGENIA fue hermana de Electra y de Orestes: hijos todos tres de Agamenon y Clitemnestra, Reyes de Argos, y de Mycenas. Ofreciendola su Padre en Sacrificio à las Aras de Diana en Aulide, la arrebatò la Diosa, y poniendo en su lugar una Cierva, la transportò à su Templo de Tauride. Allì, egerciendo el Ministerio de gran Sacerdotisa, Thoas, Señor de la Provincia, la obligaba à immolar quantos Pasageros llegaban derrotados à aquellas Riveras. Muerto Agamenon à manos de Clitemnestra, y esta, y Egisto à manos de Orestes, le anuncian los Dioses que para expiar los horrores del Parricidio con que vengò à su Padre, robe de Tauride la Estatua de Diana. Obedeciendo Orestes, sale acompañado de su Amigo Pilades: pero derrotandolos una tempestad à la entrada del Puerto, deshecho su Bajel, arrojado por las Ondas à la Playa, queda en poder de Thoas, aunque desconocido. Busca Pilades à Orestes, y queda preso. Hacelos conducir el Governador al Templo de Diana para immolarlos por mano de Yphigenia, temeroso de que cumplan sus soñados temores. Por Consejo de Ysmenia pretende la Sacerdotisa, que Orestes (à quien la inclinaba el movimiento de la Sangre) se dirija à Argos à informar à Electra de sus destinos: pero los furiosos arrebatamientos de Orestes obligan à partir à Pilades. Engaña este à un Esclavo que lo guiaba; y reuniendo sus Tropas buelve à libertar à su Amigo, quando el Tirano persistia en sa-

crificarlo, y Yphigenia, saviendo ya que era su herma-
no, en defenderlo. Violenta Pilades las Puertas del Templo: mata al Tirano: quitan del Altar la Estatua de la Diosa: recobra Orestes su antiguo sosiego, y se buelven con el Simulacro à la Grecia.

No pienses, Lector, que al presentarte esta pieza, te busco benevolo, ni pio. Juez no Cliente, te solicito: Censor, no Adulador falso, te deseo. Tanpoco te persuadas à que yo sea Panegirista de mi propria Obra: Ahì la tienes. Si fueres docto, conoceràs mui bien el merito de una traduccion ligada al rigor del Metro: si ignorante, no hablo contigo, ni para tì compongo. ya se que quantos pasages no comprehendas, seran otros tantos defectos que me imputes. No temas que tu oposicion me dè susto: solo sentiria que me prestaràs tu sufragio.

Estoi mui lejos de repetirte los principios del buen gusto en que se funda este genero de trabajo: las Unidades de Theatro que observa mi Pieza: lo satisfecho que en ella queda el fin de la Tragedia, finalizando en declamar contra nuestros mayores Poetas porque no se propusieron este objeto; tomando de aqui motivo para llamar monstruosas sus composiciones y despropositados sus lances. Yo siempre admirarè sus obras como elevadisimos modelos de la verdadera Poesia: como embidiados fundamentos sobreque levantamos nuestras glorias; y su methodo, como ligacion precisa que les impuso el gusto del Siglo en que escrivian. Asi viene à ser no pe-

que-

ña parte de su merito lo que la extrema Rigidez de muchos Criticos les da en cara, como defectos. Si te pareciere que caigo en falta no repitiendo las decantadas Reglas del Theatro renovado, acude al Discurso (*) que por Superior precepto formò mi Doctisimo Amigo Don Joseph Porcèl y Salablanca (Varon de tan vasta extencion en las Artes como las Artes mismas) y allì, satisfaciendo tu curiosidad, quedaràs instruido.

Solo te advierto que esta Pieza, y otras que successivamente darè al Publico, son Ocios de la edad joven en que me hallo, y desahogos de mas serias tareas. Recivela como produccion de un entendimiento aun no maduro, y hallaràs menos que perdonarme en ellas. Vale.

(*)
Preliminar à su Traduccion del Mysantropo por Orden del EXmo. Sr. Conde de Aranda.

ACTORES.

THOAS. Gefe de la Tauride.

ORESTES. Rey de Argos y de Mycenas: hermano de Yphigenia.

PILADES. Rey de la Phocide, amigo de Orestes.

YPHIGENIA. Gran Sacerdotisa de Diana.

YSMENIA. Sacerdotisa, confidenta de Yphigenia.

EUMENA. Sacerdotisa.

ARBàS. Capitan de las Guardias de Thoas.

UN ESCLAUO.

SACERDOTISAS.

Soldados de Orestes, y de Pilades.
Guardias de Thoas.

La Scena es en Thauride. El Theatro representa el Templo de Diana. A un lado se verà el Altar con el Simulacro de la DIOSA.

ACTORES.

THOAS. Gefe de la Taurida.

ORESTES. Rey de Argos y de Mycenas, hermano de Yphigenia.

PILADES. Rey de la Phocida, amigo de Orestes.

YPHIGENIA. Gran Sacerdotisa de Diana.

ISMENIA. Sacerdotisa, confidenta de Yphigenia.

EUMENA. Sacerdotisa.

ARBAS. Capitan de las Guardias de Thoas.

UN ESCLAVO.

SACERDOTISAS.

Soldados de Orestes, y de Pilades.
Guardias de Thoas.

La Scena es en Thauride. El Theatro representa el Templo de Diana: á un lado se vé el Altar con el Simulacro de la DIOSA.

LA YPHIGENIA EN *THAURIDE.* TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

YPHIGENIA *sola, arrodillada al pie del Altàr.*

¡GRANDES Dioses! de quien temblando invoco
la asistencia, si tanto experimenta
vuestro poder mi funebre constancia,
ya probada, dignaos sostenerla!...
descifrad sueño horrendo que me oprime:
¿son nuncio en vuestro Arcano sus tinieblas?

SCE-

SCENA II.

YPHIGENIA. YSMENIA.

YSMENIA *en lo interior del Theatro.*

¿ Que acentos dolorosos mis oidos
llenan de espanto, con horror aterran?
¿ No he de oìr mas que en lagrimas, y ayes
pronunciadas las voces de Yphigenia?

YPHIGENIA. *levantandose.*

¿Eres tu, de quien solo los cuidados
se me hacen tan amables, quien me queda
en todo el Mundo por consuelo solo
à mi afligida lastimosa pena?

YSMENIA.

Me haceis temblar, Señora. Acia estas Aras
funebres, ya en asombros mas embueltas
por el espanto y el horror que animan
temerosos esfuerzos de tinieblas,
palida, y temblorosa, ¡ah! ¿ que duda
venìs à averiguar vos? quando apenas,
aunque luzca sin sombras claro dia,
vuestros tremulos pasos aquì llegan.
Ningun orden sangriento ha lastimado
el timpano piadoso de mi oreja.
Del feròz Thoas la crueldad soñada,
su corazon, que carcomido vela
en las supersticiones, codicioso

de

de sangre de Naciones, que se empeña
en derramar, al pie de estos Altares,
de la gran turbacion que le atormenta
aun no cerca à Diana, ni à su Estatua...
¿Mas que veo? Sumergidos en sus penas
vuestros sentidos, de profundo espanto
fatigados, embueltos en espesa
nube de llanto vuestros tristes ojos...

YPHIGENIA.

¡Que à la gloria de Aquiles y de Grecia,
allà en los Campos funebres de Aulide,
¡ò Diana, immolada yo no fuera!
¡O que à lo menos, quando tu potente
divina mano transportò mis huellas
lejos de ellos bajo este fiero Cielo,
sufrido huviera yo la ley sangrienta,
aquì en tu nombre establecida contra
los Estrangeros que te immola ella!
¡O Diosa!...

ISMENIA.

¿Por que siempre darle en cara
quereis la justa, demasiada, excelsa
piedad, que amparo fue de vuestra vida?
Temed que su bondad, mal satisfecha
de recompensa tal, al fin os muestre
de vuestro llanto su sentida ofensa.
Pero en el que ahora nace hermoso dia

quien

quien puede redoblarlo, quien lo aumenta?
Es la sangre que bajo vuestra mano
correr deve? ¿ Haveis visto la miseria
del Estrangero, ¡ ay de mi! que humana
victima deplorable es fuerza sea
de un corazon piadoso? ¿Lo haveis visto
al pie del Templo en donde toda yerta
su animacion, perdido el movimiento,
sin sentido encontramos en la arena;
y à quien Thoas, en el horrible exceso
del tiranico celo que le ciega,
para sus homicidas inquietudes
ha hecho revivir por mayor pena?

YPHIGENIA.

¿ Para que havia de verle? ¿ No me basta
que mis desdichas anunciadas tema?
¡A que de eternos lastimosos llantos
mi destino parece que me entrega!
¿ De vna en estremo credula esperanza
aun privada he de ser? ¡ ò Suerte adversa!
¿No devì yo nacer mas que à desdichas!
¿Me verè siempre, de quietud agena,
sin vivir ni morir en este Templo
al homicidio y la maldad sugeta
arrastrar con esfuerzo lamentable,
demi desdicha, la fatal cadena,
victima à cada instante de un odioso

devèr, horror de la naturaleza,
y aun quizà de los Dioses?...

YSMENIA.

¡Que! ¿de Orestes,
vuestro hermano querido, no haceis quenta?
¿Olvidado ya haveis esta esperanza
que en tanta suerte solamente os queda?

YPHIGENIA.

¡Vana esperanza! ¿Su fallecimiento
no me han predicho lastimosas señas?
vn sueño que aun ahora à mi admirado
corazon tristemente se presenta...

YSMENIA.

¡Que! ¿os espanta la fe de vna mentira?
¿La hija del Rey de Reyes se sugeta
à illusiones fantasticas de vn sueño?

YPHIGENIA.

Vn infelìz de todo es justo tema.
¡Mas que recuerdo buelve aqui à agitarme!
Quando en dulce esperanza lisongera
de un brillante himeneo fui llevada
en triunfo de Aulìde à las amenas
campañas, de mis funebres destinos
fue igualmente presagio à mis tristezas
otro sueño, llenandome de horrores:
allì de Agamenon vì la sangrienta
impostura; allì lo vì à las Aras,

ultrajando la gran naturaleza,
de un titulo, que allì ansiosamente
zeloso marchitaba en sus quimeras,
en lugar de entregarme el dulce esposo,
presentarme à la muerte macilenta!

YSMENIA.

¡ Que fantasma, ò que presagio triste,
aun hoy suspende el uso y la licencia
de vuestro errante, funebre sentido!
atreveos à explicarmelo: de pena
tan crecida librad à vuestra Alma:
comunicado el mal calma su fuerza.

YPHIGENIA.

¡ Que conjunto de horror, y de alegria!
¡ que nunca vista lastimosa mescla!
A ver volvia yo aquellos parages
tan amados de mi fatal terneza;
de la naturaleza en el piadoso
seno, de humanidad en las licencias,
con libertad la calma respiraba...
de su palacio en la estension, que llena
su poder, de mi triste nacimiento
los autores buscaban mis quimeras;
quando un ruido espantoso del abismo
de la muerte entre triste horror se eleva...;
bajo mis pasos à sus grandes ecos
el marmol firme caducando tiembla...;

de vn sombrio vapor se enluta el Ayre:
del Palacio las Bobedas excelsas
à largos surcos se entreabren todas:
Yo huyo; y la vislumbre de vna tea
palida y macilenta, solamente
va fatal Mausoleo ver me deja.
Nuevo estruendo se anima en este instante:
de estas bastas ruinas, que con pena
èl levanta, sangriento, asesinado,
palida vista, frente macilenta,
desconocido muerto joven sale:
con lamentable voz, que tardò alienta,
èl me llama: yo acudo; y del terrible
ministerio fatal, cuya cadena,
cuyo yugo, esclava involuntaria
arrastra mi cervìz, aun allì llena,
de flores y mortal banda adornado
su frente, en mis lagrimas deshecha,
hasta las gradas del Altar le arrastro!...
Este infelice joven.... ¡ Dioses! era
mi hermano... que del seno de los muertos
havia salido: la venganza extrema
de mi Padre, cruel y parricida,
parecia que ardiendo aùn en la fiera
sed de su sangre, à romperle el pecho
à mi tremula mano hacìa violencia!

YSMENIA.

Esos obgetos despreciad tan vanos,
borrad pues la impresion de esas quimeras.

YPHIGENIA.

¿ Ya tù no vives, esperanza amada ?
¿ creerè mi temor ? ¿ es tu inocencia
immolada al orgullo qual tu hermana ?
¿ derramò otro Ylion tu sangre regia ? ...
¡ Ay de mì! solamente tu animabas
mi valor desmayado. Alguna nueva
tempestad favorable cada dia
yo aguardaba arrojase à estas riveras;
humedecidas con mi llanto, algunos
tristes Griegos, que naufraga tormenta
me entregàra, y por ellos tu ternura,
y aun ala misma Argos, instruyera
del curso de mis barbaros destinos,
ignorados por tristes en la Grecia:
segura que àmi suerte penetrado
tu grande corazon, èl me eximiera
de un yugo, mas cruel que lo es la muerte.
¡ Ynutiles proyectos! La indolencia
de los Dioses me quita la esperanza,
pero no la memoria de perderla!

YSMENIA.

Creèd menos un sueño y vuestro raros
presentimientos: con mayor certeza

 ora-

oraculos serán vuestros sucesos!
¡Que barbaro placer, que furia extrema
de irritar sin piedad vuestros enfados!
De ordinario los Dioses, que condenan
nuestros dolores, bajo el negro aspecto
de desdichas sus bienes nos presentan;
confiad hasta el vltimo momento.
Aun puedo aquì por vuestra suerte adversa
à mi padre nombrar: vuestro caracter,
buenos hechos, virtud y mi terneza,
vuestro amargo sentir han conducido
à penetrar su corazon. No cesa,
oculto bajo el negro humilde techo
que honra su vejèz, del que os desvela
fatal cuidado fatigar el suyo.
¡Ah! en vuestra suerte mas la suya aqueja!
Pero señora, hablad: que nuestros dias
para bien vuestto solamente quedan.

SCENA III.

YPHIGENIA, YSMENIA, EUMENA.

EUMENA.

Uuestro tirano, siempre dominado
de sus sueños fantasticos, ya llega,
señora, à abrir de nuevo el grande origen

de vuestro llanto. Ynquieto en sus quimeras,
atonito: creyendo todo aquello
que sus temores fingen à su idea;
temiendo mas al estrangero triste,
que solo à compasion es justo mueva;
tan cruel en sus terrores como estremo;
viene à immolarlo à esfuerzo de fiereza
mucho menos al cielo que à sus iras.

YPHIGENIA.

¡ Adonde èl me reduce! ¡ O! que estrema
fatalidad! ¡ y que momento ahora
elige su crueldad para mis penas!

YSMENIA.

¡ Ah ! si rompiendo el yugo de vna triste,
lastimosa, cruel, fatal violencia,
provais vencer su celo y sus crueldades,
si de la humanidad con nobles quejas
reclamais los derechos; de los Reyes
la obligacion; la colera suprema
de los Dioses: si haceis hablar su gloria,
y en piedades la gran naturaleza...

YPHIGENIA.

¿ Que se podrà sobre vn corazon fiero,
de la impostura lastimosa presa,
cuya credula fe y Religion facil
de tal ferocidad su espanto llenan?...
¡ Grandes Dioses! si entanto vuestra gloria

se opone à estos homicidios, à estas
alevosias, que me impone falso,
como sagradas, celo que me afrentas!
si bañados de sangre de infelices
estos Altares, à la vista vuestra,
justamenre indignada, qual obgeto
de lastima y horror se representan!
dignaos entonces descender... dignaos
de à mi Alma bajar, y enardecerla
con rayos de divina pura llama...
à mi tìmida voz prestad aquella
fiera sonancia, dominantes ecos
que subyugan espìritu y potencias:
que yo pueda domar la ilucion bruta
de un barbaro cobarde, à quien aterra,
aunque siempre insensible, quanto teme...
y que vuestra Deidad honrando excelsa,
de aquì adelante en bien humano solo
mis pacificas manos resplandezcan...

YSMENIA.

Vuestro Tirano... reprimid el susto;

YPHIGENIA.

Su aspecto, à pesar mio, mas lo aumenta!

SCE-

SCENA IV.

THOAS, YPHIGENIA. YSMENIA, EUMENA, ARBàS. *Guardias.*

THOAS.

A vos, à quien manifestarse debe
lo futuro, temblando de mi estrella
vengo aquì à consultar. Yo ya no puedo
de mis negros terrores la violencia
mas tiempo recatar entre las sombras
del silencio. Ynocente sufro penas
de un cruel remordimiento; casi veo
bajo mis pies las Tumbas manifiestas
de los muertos! el Rayo en triste noche
al derredor de mì mas centellèa!
sobre mi justa frente, mi corona
con prenuncios fatales titubea.
Los mismos Dioses, de quien siempre aspiro
à evitar con esfuerzo las ofensas,
hasta en el seno triste del reposo
entiendo me amenazan y amedrentan.
Diàna, vanamente conbatida
por mis votos, parece que aun intenta
su Estatua trasportar à otros parages:
de este rebèz fatal, que en dependencia
temen mis dias, una voz que ignoro
siempre dandome està triste advertencia!

Vos,

Vos, cuyo santo excelso ministerio
dignamente à los Dioses os acerca,
de estos obgetos el misterio oculto
dignaos de aclararme; y la tremenda
aplacando del Cielo extraña ira,
dignaos consultarlo en la entreabierta
entraña de ese misero Estrangero.
El estado en que he visto su miseria
me molesta, me affige, me importuna:
todo quanto en èl veo me es sospecha,
aun hasta su infortunio. Sus terribles
tristes miradas que à los Cielos echa;
sobre su frente palida erizados
los cabellos: cobardes y violentas
sus acciones: terribles movimientos:
sus voces, que de espanto siempre mescla,
anegadas en funebres torrentes
de suspiros y lagrimas, que riegan
su alterado semblante macilento:
la razon olvidada, que embelesa
su dolor: tanta calma tenebrosa
despues que su gran rabia se serena;
del horror que les sigue, presa mi Alma;
igualmente sus furias la atormentan!
Si creo la relacion de sus medrosos
Guardias, al raro espanto en que se ciega
en el acceso de su ardiente grande

triste enagenacion, à las que alienta
en su amargo dolor profundas voces;
parece articular entre sus quejas,
de amigo y madre el nombre repetido;
y aun en visiones cree ver le cerca
el uno de ellos, de serpientes grandes
armado, à devorarlo ya dispuestas.

¿Qual podra ser el nombre de este impio
barbaro? Allà en la rigida fiereza
de su corazon bruto, ¿que delito
espantoso se expia? con sentencia
terrible por los Dioses condenado,
dispuesto ya à espirar, ¿de donde esfuerza
el horror que parece à mi me inspira?
¿De que proviene que dañarme pueda,
y sirva solamente à confundirme?

YPHIGENIA.

Sobre vuestras oscuras y secretas
turbaciones, ¿que puedo responderos
Señor? Los Dioses à mis tristes quejas
se hacen sordos! Diana con horrores
los quemados inciensos me desprecia!
Bajo mis pies temblantes se entreabre
y huye el Altar! la Estatua se me niega,
cubriendola à mis ojos denso velo...
en su propio alimento no se ceba
el fuego sacro, que antes bien se apaga

al ver mas prevenida la materia!...
Yo no sè. Mas la sangre en que se tiñe
este Altar: esta sangre de inocencia,
ciegamente entre horrores proscribida,
lejos de apaciguar las siempre excelsas
Deidades, podrà ser que las irrite.
El vapor de esta sangre, que violenta
la obligacion derrama, havrà podido
formar la tempestad aun hoy suspensa.
Lo confieso: su grande privilegio
temo ofender, y que à una voz me tengan
por sacrilega y barbara. Si el que habla
organo à mi Alma triste, ser pudiera
de la vuestra igualmente penetrado;
mas pura vuestra fe, menos austèra,
no harìa mas, Señor, de un homicidio
un augusto misterio; y no funestas
estas Aras de sangre, de infelices
tragico espanto, ya un asilo fueran
de ellos contra la suerte, aun para el mismo
Estrangero que miedos os presenta;
y que puede, ¡ay de mi! que à compasiones,
sea quien fuere, mover solo meresca...
En fin, yo no sè bien si es ofenderlos:
pero en honor de las deidades nuestras
yo no osarè pensar que de un grande odio,
al de enagenaciones macilentas

gras

grado fatal, haciendo de sus aras
una sangrienta si horrorosa arena,
se complazcan en ver de humana sangre
correr grandes arroyos en su afrenta
bajo mi mano tremula...¿ A estos fieros
crueles golpes nos podràn dar muestras
de agradecidos ? ¿ Podrà ser, eternos
grandes Dioses, que en vil fatal bajeza
envileciendo vuestro ser Divino,
nos ordeneis, de la infelice tierra
caprichosos tiranos, por mas grandes
infamias expiàr infamias nuestras ?
¿ Y que à vuestros augustos beneficios
no tengamos derecho mas que à fuerza
de atreverse à lograr vuestras venganzas
justificadas màs en la indolencia?...

THOAS.

¡ Y que ! ¿ De vn corazon compadecido
illusion perniciosa, os hace ella
olvidar el oraculo aun reciente,
que con la vida despojarme intenta
del Cetro y de la Estatua, si mi Alma
à la piedad y humanidad se entrega,
y al puñal santo roba solo vno
de aquestos Estrangeros que en la arena
trastornaron la suerte y los peligros?
¿ Es esto, pues, contrario à sus sentencias,

lo que aspira à eximirme de venganzas
que el indignado Cielo me presenta?
Protector, decis vos, de los mortales
inocentes, ¿ por humo que le inciensa
nos podrà demandar su pronta muerte?...
Sin duda puede quando asi os lo ordena;
y ya este homenage le es devido
desde que lo mandò. ¿ Que accion, ¿ que deuda
lo liga à obligaciones con nosotros ?
¿ No podrà èl castigar sin dar sugeta
à mensura sus iras con sus golpes ?
¡ Que! ¿ los Pueblos, del Rayo de la guerra
armando su furor, de olas de sangre
podràn cubrir la lastimosa tierra:
ambiciosos sus gefes en el ciego
ardor à la ambicion de su grandeza
podràn todo immolarlo; y aun nosotros
en los concavos brutos de las cuevas
podremos subsistir de alevosìas,
de asolamienros, è impiedades fieras:
podremos devoràr nuestros vivientes
enemigos, saciando la sed nuestra
en sus craneos sangrientos palpitantes:
y airados nuestros Dioses (las excelsas
Deidades por quien somos) ningun hombre
podràn pedir por victima en sus quejas ?
¡ La sangre misma que corrèr hacemos

à nuestro gusto, solo se venera
como sagrada, quando las Deidades
à sus venganzas immolarla intentan?

Mas vos, que òrgano sois y el instrumento
por donde sus decretos nos franquèan,
¿ que Tribunal juzgarlos en vos puede?
¿ que frenetico arrojo los condena?
¿ Con qual autoridad, su gran derecho
delineando aquì, Leyes tan necias
imponèis à los dueños del gran Trueno?
temblad à esos discursos: que una nueva
commocion allà expie en vuestra Alma
esas murmuraciones tan secretas.
A pesàr de los raros movimientos,
que à vuestro corazon combate prestan,
adorad y matad. Ved aquì en breve
lo que es obligacion y virtud vuestra.

YPHIGENIA.

¡ Y bien, *Señor*! ¡ y bien! embiàd luego
la Victima infelìz ... ¡ Ah! si pudiera
no cumplir mas que obligaciones justas!

THOAS.

Despues de vos al Ara os sigue ella.
A verla buelvo yo en mis turbaciones:
inexorable sèd; quien quiera sea,
matadla: que pues es tan miserable
delinquente tambien que sea es fuerza,

Esta, en una palabra, es la Ley mia;
esta mi religion, mi orden esta;
y vuestra obligacion el someterse
à los preceptos que mi voz alienta.

SCENA V.

YPHIGENIA. EUMENA. YSMENIA.

YPHIGENIA.

Fuerza es cumplir con Ley tan rigorosa!...
vamos, pues que es preciso... Cruel estrella...;
¿Donde voi, desdichada?...¡ El cuerpo todo
se estremece!...¡ la sangre se me yela!...
¡ En mi corazon triste palpitante
gime la humanidad, el Alma tiembla!...

YSMENIA.

Vos dependeis de un dueño inacesible
al llanto; y en las funebres ideas
de su falsos terrores, de èl creidas,
tanto mas inflexible, quanto en ellas,
por el peso de años que le impele
al mausoleo, ve que palidea
de su largo vivir la negrà llama.
Temed su celo horrible, y que el hoy quiera
que en Thauride encontreis con otra Aulìde.
Brevemente cumplid de su fiereza

el orden rigoroso: este delito
es de la suerte, no del Alma vuestra.

YPHIGENIA.

Sea quien fuere el esclavo, del destino
que le fatiga, calla, siempre es fuerza
sea delito el delito à quien lo causa;
y la necesidad, aunque parezca
escusarlo, su corazon constante
à acusarlo no es facil que lo venza.

YSMENIA.

¡Pero si el Cielo en fin, si el Cielo mismo
para templar su enojo asi lo ordena!
¡Si es una Sangre impura, en quien su ira
complacerse immolandola desea...

YPHIGENIA.

¡Ah! con que vano esfuerzo combatirme
pretendes! me habla la Naturaleza,
y no puede engañarme. Bien conozco
que me pierdo: ¡Mas ah! con voz serena
el Cielo me habla en fin y se declara!
¿Sigue èl en sus decretos las ineptas
costumbres de las barbaras Naciones?
¿Es Padre, ò es tirano, segun reglan
su poder las pasiones de las Gentes?...
Mas nò, Pueblos crueles: èl no alienta
vuestras iras: autor de toda causa
ama su obra, que tanto le deleita.

Todo hombre à sus grandes beneficios
igual derecho tiene. En las immensas
dimensiones del Orbe no hai alguno
que haya nacido solo para penas.

Fin del Acto primero.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

ORESTES *encadenado.* GUARDIAS.
ORESTES, *en lo interior del Theatro.*

Ah! dejadme gozar del que me resta
triste momento, y respetad mi suerte.

SCENA II.

ORESTES *solo, abanzandose al principio del Theatro.*

¡Ah! desdichado Orestes! ¿ que pesado
brazo, por confundirme, aun hoi rebuelve
mi Corazon aniquilado en tristes
sentimientos?... ¡ò Cielo! ¡ que inclemente

in-

infierno me persigue ! ¡ que espantosos
tormentos! Ymplacables y crueles
Espectros, permitidme que respire!
este es delito de los Dioses...este
no es crimen mio... para no irritarlos
yo no he hecho mas que obedecer sus Leyes...
Pero vosotros, que de aborreceros
me dais causa, tremendos è indolentes
autores de mi mal è iniquidades,
de mi suplicio autores : grandes siempre
Dioses vanos, habladme pues, decidme,
¿ qual es vuestro capricho ? Del albergue,
profundo seno del destierro mio,
tremulo me sacais: resplandeciente
centelleante puñal dais à mis manos:
de mi Padre infelice, crudamente
por su furor zeleso degollado,
destinais à mis golpes la impia aleve
esposa Parricida: yo rehuso,
temo... me amenazais vosotros crueles...
me someto por fin, hiero... y vosotros
me castigais...Aun esto es poco. Al verme
de tragicos Espectros rodeado,
no percibiendo en toda la inclemente
naturaleza mas que un espantoso
Abismo, y en las sombras de la muerte
à mi Madre, faltando resistencia

con que à odiosas fantasmas oponerme?
corro à invocaros, Dioses insensibles:
estos parages me nombrais, que ardiente
tirania à homicidios prostituye:
vosotros me anunciais que es fuerza lleve
de aquì robado el simulacro grande
de Diana, y transportar sus inocentes
profanados Altares donde humano
corazon religioso los venere
para llevarme assi à las turbaciones
à que me condenais injustamente.
Yo parto, y tu me sigues, fiel y raro
Amigo: pero vna estraña y fuerte
tempestad, tristemente nós divide
al entrar en el Puerto. Allì à inclementes
escollos impelido, por los rayos
hecho horrendo volcàn mi pereciente
Bajèl, lexos del tuyo, dividido
en mil cascos, fluctua, y se sumergo.
Tragado por las ondas, ya de vida
destituido, ignoro quien me vuelve
à mi primer furor...¿ Pero que horrores
mi fatigada vista sorprehenden?
sobre estos crueles marmoles, ¿ que rastros
de sangre derramada resplandecen?
¿ Son mis mas espantosos infortunios
aquellos que yo ignoro? Hados crueles!

Pilades... hiere...; ò Cielo! acaba, aun vivo...
¡ o rabia! Sì ! ¿ que dudo? su inocente
sangre es esta! dejandome mi Amigo
no me creyeran, no, cumplidamente
infelice los Dioses!...

SCENA III.

ORESTES. PILADES *encadenad.*
PILADES. *en lo interior del Theatro.*
¡ Santo Cielo !
¡ Que veo ! ¿ puedo yo desconocerle
en mi enagenacion ? Revèe en tus brazos,
Corre à abrazàr à Orestes.
O mitad de mi ser! de nuevo vuelve
à ver entre tus brazos tu perdido
Pilades.

ORESTES.

¡ Donde estoi ! ¿ podrè creerme
de mis ojos ? Que ! ¡ à Pilades yo tengo
entre mis brazos ! ¡ que! ¡ Pilades puede
estar aquì ! Yo siento errar mi alma
entre mis tardos labios balbucientes...

PìLADES.

Buelve à cobrar, en viendome, tus fuerzas
errantes.

ORESTES.

A estos barbaros crueles
parages, siempre à la piedad cerrados,
¿que Demonio, ò que Dios pudo traerte?

PILADES.

La amistad. Conociendo tu infortunio
por las reliquias de tu Nave, al fuerte
vocear de los tuyos, que luchaban
contra Neptuno, à escusar su suerte
vogando yo, salvandolos à todos,
presumiendo en alguno de ellos verte
te buscaba, confiado en las promesas
de los Dioses. No osando, sin hacerles
vn ultrage, creerte sepultado
en tu proprio naufragio, ansiosamente,
sin mas arte que vn ciego desvario,
en medio de las rocas, que defienden
este Puerto, rendido los adoro:
de mi Bajèl que oculta lo eminente
de la estendida Cima, al bravo Alceo
confio la custodia, y diligente
busco con ansia el rastro de tus pasos
en las Cuevas vecinas, que à la muerte
sirven de puertas. Cerca de estos Muros
sangrientos viene el dia à sorprehenderme,
A mi Bajèl volvia no dejando
parage, que mi amòr no recorriese:
quando el Pueblo açia mì se precipita,

cor-

corre furioso y à cercarme viene;
me armo de ira presumo disiparlo:
pero su multitud mi esfuerzo excede,
me oprime; y quedo lastimosa presa
de estos Monstruos colmados tristemente
de terror y alegria. Amontonados
de un acuerdo comun, ante su Gefe
tremulo me conducen y me arrastran,
el qual me embia à lastimosa muerte...
¡ Pero que hondos suspiros!...

ORESTES.

¿ En que Abismo
de terror mis sentidos perecientes
volveis à sumergir, Dioses, testigos
de mi llanto infeliz? ¿qual es mi Suerte?
¿ Fuerza ha de ser el darme siempre en cara
con la infelicidad de quantos quieren
atreverse à seguirme? Ah! ¿ fue fuerza,

à Pilades.

dejando el trono y la Phocìde, haceite
compañero, asociarte sin verguenza
à vn homicida barbaro? ¿ no deves
abandonar, à egemplo de los Dioses:
vn Monstruo que à sì mismo se aborrece?...

PILADES.

¡Pilades... Cielo!...Pilades!....¿que has dicho?
abandonar al desdichado Orestes!

Que

¿Que destruidor lenguaje para el triste
Amigo que te queda ! ¡ que!...

ORESTES, *furioso.*

¡ Ascendiente
espantable de colera enemiga !
Yo asesinè à mi Madre... yo dì muerte
à mi amigo! ¡ Deidades vengativas!
¡ Cielo exterminador! mi ser doliente
aniquilad... aniquilad el dia,
la habitacion, el desdichado Albergue
que vio mi nacimiento!...¡ Masque horrenda
profundidad se forma de repente
bajo mis pies!... ya gracias à los Cielos
veo los negros Abismos de la muerte...
corramos à ocultar mis feos delitos
en su profunda noche...¡ mas que ardiente
Espectro en lo interior de estos Abismos
se dexa ver!... mi Madre es, Potentes
grandes Dioses!... huyamos...¿ pero adonde ?
mas ya està aqui !... con ella Egisto viene...
¿ tù Pilades tambien, tù, como ellos
me persigues...¡ que horror !... tù, que aqui eres
mi tutelar Deidad, ¿ de mis Verdugos
la colera implacable mas enciendes?
El Amigo que solo me quedaba
se ha hecho mi asesino!... de serpientes
se arma, y en mi pecho las arroja!...

¡ Cielo! ¿ adonde huirè? ¿ que harè ? Detente
sombra amada y terrible!... reconoce
mi cruel remordimiento...¡que ansia ! atiende
mi llanto , mis suspiros , esta horrible
gran desesperacion que me sumerge!...
¡ Ah ... yo fallezco ...

cae en los barzos de Pìlades.

PìLADES.

¡ O cielo ¿ y no me miras
en mis brazos , Amigo , sostenerte
y estrecharte?

ORESTES , *volviendo en si.*

¿ Eres tù ?

PìLADES.

Sì : ¿ Ves tu Amigo ,
que tu furor frenetico assi ofende?
Barbaro...ve aqui pues de mi presencia
el efecto Si de las nobles Leyes
de piedad digno obgeto ya no fueras
¿ que baldones amargos justamente
no te harìa la amistad?

ORESTES.

Disculpa , Amigo ,
à un infeliz , de su tremenda suerte
aùn èl mismo espantado Mas que ò triste
¿puedes tù motejarlo ? Ya aquì pierde
quanto amaba

PI-

PILADES.

¿ En que horrores se sepulta
tu Corazon ? à referir te atreve
la causa: ilustra la amistad bien lejos
de degradarla. Llenate de Orestes,
piensa menos en Pilades: el resto
de la mas bella sangre de los Reyes
no embilezcas. Sè hombre: y haz que el hijo
de Agamenon en tì yo reverencie.
Tu delito, tu nombre y tus temores
olvida de vna vez; solo presentes
admira por falaces nuestras dichas.

ORESTES.

Por lo menos, Amigo, si valientes
nuestros Soldados: si el leal Alceo,
si este, à cuyo cuidado noble deve
nuestra primera edad estos alientos,
save qual de los dos es hoy la suerte!...
Pero ah que acaso mi desgracia misma
en este instante puede ser lo cerque
Ya es forzoso en mi tragico destino
que à tu muerte mi crimen hoy fomente...
Ah infeliz

PILADES.

Alguien llega. Por el nombre
de amigo tuyo, cesa ya de hacerte
tu primero contrario en esta Estancia.

¿ Por

¿ Por que tanto quejarse de la suerte
que aqui nos vne? ¿ tan cruel ha sido?
Los dos pereceremos juntamente.

ORESTES.

A lo menos, Amigo, tu prudencia
en mi enagenacion continua vele.
Primer Mobil de mis remordimientos
que de los Muertos al oscuro albergue
yo pueda descender desconocido
que à los ojos sangrientos y crueles
de mis Verdugos, siempre mi Alma firme
mi infortunio señale, y no demuestre
mi infamia: pues muriendo deshonrado
vendrè à morir ò Dioses con dos muertes.

SCENA IV.

ORESTES. PILADES. YPHIGENIA.
EUMENA. YSMENIA.
SACERDOTISAS.

YPHIGENIA.

Quanto à su aspecto lastimoso, Cielos...
mi triste corazon romper se siente

ORESTES. *à Pilades.*

¿ Que Muger à nosotros se apresura?
A su presencia mi furor perece.

YPHIGENIA. *aparte.*

De los cuidados que entre horror profundo
prescribidos me dà rigor celeste,
intentemos cumplir aquel que solo
acà en mi corazon primer voz tiene.

à las Sacerdotisas.

Quitènse las cadenas de las manos
de estas Victimas. Yd: cumplid el siempre
de los Cielos decreto respetable.
Este hierro afrentoso, ciertamente
superfluo en adelante, en este Templo
sagrado para nada les conviene.

mientra los desencadena.

¡Que aspecto, y que constancia!...¡ò inflexible
obligacion!...¡ò quan infelìz suerte
experimenta el infelìz que nace
con corazon sensible entre crueles!

A Orestes despues que se han retirado las Sacerdotisas.

Ynfeliz Estrangero, cuyo noble
dolor en vos acusa de los Reyes
el valor y la Sangre, à los cuidados
de mi alma, dignaos responderme.
¿Que parte de la tierra es vuestra Patria?
¿Quales son vuestros Dioses, vuestras Leyes?
No por verme empleada en los rigores
de una sangrienta obligacion, sospechen
vuestros temores, que à su sentimiento
mi desgraciado corazon se niegue.

Del

Del Barbaro rigor de un culto impìo
es mi brazo instrumento, y la paciente
victima destrozada mi alma triste.
Hablad. No receleis que aquesto puede
venderos. Ynfelice haveis nacido,
no puedo aborrecer al que asì siente.

PÌLADES.

¡ Ah ! seais quien fuereis vos, en la desgracia
que nos domina, quando vuestra suerte
os empeña à cumplirla, ¿ que cuidado
os interesa ? Sin ista nuestra muerte,
herìd. Vuestra piedad aquì nos daña.
Precipitàd en negras lobregueces
de eterna noche nuestros tristes dias
sin exigirnos lastimosamente
tan deporable confesion: contento
muere, Señora, quien oculto muere.

YPHIGENIA.

¡ O sentimientos, de mi combatido
corazon tan amados ! ¡ que ! ¿ ser puede
esclava esta virtud de este infortunio ?

PÌLADES.

Lamentàd menos nuestra amarga suerte.
Ya embidiamos morir. Todos los dias
à despreciar la vida el hombre aprende.

YPHIGENIA.

¿ Que inplacable destino asì os aflige ?

PÌLADES.

Todo hombre experimenta sus reveses:
todo hombre padece sus dolores.
El Mortal mas dichoso es fuerza llegue
à conocèr espantos, ansias, sustos.
¡Ay de mi! No hai alguno que no pruebe
del Agua amarga que derrama el llanto!

YPHIGENIA. *à Orestes.*

¿Mas quien sois vos? Hablàd à vos, cuya frente..

PÌLADES.

¿Por que solicitàis el nuevo espanto
de un vano informe? conocèd que siempre...

YPHIGENIA, *à Orestes.*

A vòs es pues à quien mi ansia pregunta...
¡Ah! ¿emmudeceis? dignaos responderme,
y no ya me vltrageis hasta igualarme
à un Pueblo ciego, aborrecido siempre
por mì; y à cuyos altos grandes Dioses
hoy me obliga à servir no vista suerte.
Hablad. A vuestra estrella acaso importe
que yo sepa alomenos el albergue
que os viò nacer...¿ mas no me dais respuesta?
vuestras miradas, dolorosas siempre,
ocultarme quereis fijando en tierra
los tristes ojos por que el llanto celen?

ORESTES.

¿Y que fruto aguardais de este anhelado

conocimiento?

YPHIGENIA.

¡ Y que! ¿ en el seno fèrtil
de la triunfante Grecia havreis nacido?
Mycenas, ò Argos...? Pero à donde ascienden
mis sentidos?... Sin duda que estos Pueblos
nunca haveis conocido!

ORESTES.

¡ Oh! pluguiese
à ese barbaro Cielo, que un desierto
nacer me huviera visto! y que à inclementes
rigores perecer mi vida hiciera
antes que yo llegàra à conocerle!

YPHIGENIA.

¡ Como! que! Argos ha sido vuestra cuna!

ORESTES.

¡Oh si al verme nacer mi tumba fuese

YPHIGENIA.

Ah si es verdad, cumplidme la alegria,
ò disipadla. En medio, pues, de aquese
gran cumulo de gloria y de tesoros,
que la ruina de Troya en sì contiene:
¿ qual es en su Palacio y en su trono
del Rey Agamenon la varia suerte?
goza de un bien igual à su gran nombre?

ORESTES.

O Cielo Que decis Una insolente

cruel mano parricida..?

YPHIGENIA.

¿ Lo havrà ella ,

¡ Dioses ! abandonado injustamente
à la Parca homicida?... ¡ Y bien! ¿ que mano..?

ORESTES.

¡ Ah *Señora*!...

YPHIGENIA.

Acabàd.

ORESTES.

No sè si acierte?

YPHIGENIA.

Hablad . ¿ que recelais ?

ORETES , *aparte.*

No sè si animo...

YPHIGENIA.

¿ Quien su Asesino fuè ? nada hay que arriesgues.

ORESTES.

Fue su adultera Esposa.

YPHIGENIA.

¡ Clitemnestra!

ORESTES.

El amor motivò tanto indecente
misterio ; de un puñal armò su mano.

YPHIGENIA. *àparte*

¡ O crimen! ¡ O maldad ! ¡ tremenda , aleve
mutacion espantosa!... ¡ Y bien! ¿ que fruto

si-

siguiò à ese Asesinato vil ?

ORESTES.

¡ La muerte !

YPHIGENIA.

¡ Como !

ORESTES, *turbado.*

Su hijo...

PìLADES. *à Orestes, en voz baja.*

Detente. ¿ à que te animas?

¡ Ah ! que èl me desespera!

YPHIGENIA.

¿ Que os detiene?

¡ Y bien ! su hijo : hablad.

ORESTES.

Vengò à su Padre.

YPHIGENIA.

¡ Que oigo!...

PìLADES.

Por el nombre reverente
de los Dioses, cumplidnos la esperanza
que apetecemos màs, y nos difieren
ya aquì vuestros informes. ¿ que cuidado...

YPHIGENIA *à Orestes.*

No os detengais: decid... ¡ ansias crueles!
¿ Que es de su hijo?

ORESTES.

El horror del Mundo.

YPHIGENIA.

Grandes Dioses ...

ORESTES.

Despues que infelizmente
se viò arrastrar miserias tan profundas,
por su muerte anhelò, que enfin ya obtiene.

YPHIGENIA. *aparte*

O lastimosa sangre ò implacable

à Orestes.

destino ¿ Ya Mycenas mas no tiene
de aquel gran vencedor de la alta Troya...?

ORESTES.

Que à la Electra infeliz, triste y paciente,
de su dolor despojo lastimoso.

YPHIGENIA.

Sacerdotisas... conducid en breve
estos dos infelices al parage
en que para el Altar ornarse deven.
A vista de sus tristes infortunios...... *aparte*
Yo no puedo mas tiempo contenerme.

SCENA V.

YPHIGENIA. YSMENIA. EUMENA.

YPHIGENIA.

Muriò Orestes...

YSMENIA.

Señora ah y quan justo
es que nuestros pesares os lamenten

YPHIGENIA.

Muriò Si... ya esto es hecho! ya à este golpe
todo en el Mundo para mì perece ...

YSMENIA.

Ah Señora ¿ en que estado llego à veros?

EUMENA.

¿ Que violenta afliccion os sorprehende ?

YPHIGENIA.

Que fatàl confusion en el Palacio
de Atrèo. que horrorosa larga sèrie
de Asesinatos, vno por el otro
castigados ... Seguid, Dioses crueles
contra mi sangre vnidos; y en mi flanco
derrocado buscàd el triste leve
resto de esta culpable indigna sangre
que mi ànsia con vosotros aborrece...
Horrible vista ... tenebroso acuerdo
que mis tremulos ojos ya no pueden
resistir mas ... Y que siempre en el Mundo
un fatal yugo ha de arrastrar mi frente
¿ He de saciar mi sèd siempre en la sangre
que me inunda ¿ Violentas duras Leyes
me han de obligar... que horror que a todos lados
lastimosos obgetos me presenten,

mu-

muertos vnos, los otros ya espirando
entre grandes suspiros balbucientes
que articulan sus almas bajo el golpe
conque mis manos tremulas los hieren!
Aun este dia, Sì... à pesar de tantos
remordimientos que mi alma prenden,
¡ay demì! ...con mas fuerza que el cuchillo
en mi corazon triste se sumerge!
Cesemos, pues, de respetar los hechos
de los humanos: ellos solos tienen,
en un templo de paz, à iniquidades
levantada mi mano, armada siempre.
¡Ea desesperacion! la virtud mia,
me hace tocar tus ultimos dinteles;
à tu arbitrio me entrego. Ya es delito
alentar donde immolan inocentes.

YSMENIA.

¡Ah! por poderos arrancar de una
horrenda habitacion, ¿la triste suerte
os precipita à despreciar la vida?
¡Que! ¿pues ya os olvidais, no se os previene
que aun vive Electra, y que quizà su vida
queda en lugàr de vuestro amado Orestes?
¿Os atreveis, cercada de cadenas,
à acudir temeraria à vuestra muerte
en desprecio afrentoso de una hermana
que socorreros ciertamente puede?

Y aun ella, ¡grandes Dioses! atrayendo
à horrores la atencion, ya pereciente,
entre las tristes funebres reliquias
de su familia; en medio, pues, de ardientes
grandes rios de aquella misma sangre
que le diò el Ser, se arrastra y se sumerge
hecha presa de tragicos horrores,
que su injusto destino le previene!...
¡Ah! por ella, à lo menos, vuestra vida
dilatad. Ea vivid: de nuevo lleguen
à cobrar vuestras fuerzas sus alientos,
con la cierta esperanza de que aun pueden
huìr de vuestro opresòr, y sobre todo
de à vuestra hermana mejorar su suerte.

YPHIGENIA.

¡Ay de mi!...

YSMENIA.

Ya os confirma esta esperanza
el Cielo; mas piadoso en fin parece
quiere hoy favoreceros el destino,
pues à el anhelo vuestro aquì promete
un Ciudadano de Argos. La cadena
de vuestro mal, por èl puede romperse:
abridle el paso de estos brutos Mares;
buelva à Mycenas, y un Mensage lleve
que instruya à vuestra hermana del secreto
de vuestra vida, que es forzoso llegue

à reanimar el curso de la suya...
¡Y que! ¿titubeais?

YPHIGENIA.

¡Y bien! al verme
entre tantos horrores, me abandono
al consejo arriesgado, que me advierte
tu piedad... quando menos, de este modo
de un infeliz endulzarè la suerte.
Pero cautiva aquì, ¿ que oculto medio....

YSMENIA.

A probad de mi padre solamente
el celo que confirmen sus Amigos,
que solo vuestro bien por gloria tienen.

YPHIGENIA.

Temo que mi miseria y mi desdicha
sobre ellos todos su contagio estienden.
¡Ah! ¡si yo los harè mas infelices!

YSMENIA.

Huyendo de la vista impertinente
del tirano, sin pompa y sin fortuna
que à su miedo importuno pueda hacerles
sospechosos, creèd que, disfrazados,
en su oscuridad misma, impunemente
pueden serviros.

YPHIGENIA.

¿Crèes tù?...

YSMENIA

Del uno
de los Griegos que mas amèis, en breve
fuera de riesgo admirareis su vida.
Yo parto...

YPHIGENIA.

Aguarda, escucha. Favorece
con tu amistad los tremulos cuidados
de una justa piedad. ¿ Por que ahora quieres
dividir esos dos infortunados
que ùne un mismo destino? juntamente
librèmos à los dos. Un sentimiento
oculto mas amable me previene
el uno de ellos: pero al mismo tiempo
es hombre el otro, y como èl padece.

YSMENIA.

Mi corazon previò vuestro deseo;
èl lo anima...

YPHIGENIA.

El espanto à asirme viene
sobre el funebre borde del Abismo...;
¡ Ah! ¿ si yo ofenderè los reverentes
vengativos derechos de los Cielos?
¿ Si mi infelicidad llegarà à verse
acompañada de cobardes culpas?...
Vete, màs no me escuches: diligente
corre à hallar à tu Padre; bien conozco
no hay mas tiempo en que mi Alma delibere.

Pe-

Pero que se precava en los peligros:
No por gozar mis males, los aumente.

SCENA VI.

YPHIGENIA. EUMENA.

YPHIGENIA.

Corre tù à hallàr à Thoas; y haz de modo
que obligues à su celo impertinente
à diferir el tragico destino
de estos dos infelices, que merecen
mejor fortuna: la illusion alaga
que à sus ojos los pinta delinquentes;
ponderale delitos de que aun ellos
sean incapaces... Dile finalmente,
que Diàna, primero que immolarlos,
me manda que à sus Aras puros llegen,
que me ordena, ¡ay de mì! purificarlos!...
Con espanto conozco en el presente
estado en que nos vemos, quanta afrenta
es engañar los hombres: pero en este
extremo, justa causa me disculpa:
no es delito en que puedan ofenderse
los Dioses; pues quien sirve à desdichados,
à la Divinidad sirve y atiende.

M

Fin del segundo Acto.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

ORESTES. PÌLADES.

ORESTES.

Pues nos vemos en fin solos y libres
de violencias, Amigo, alentar puedo
y hablarte sin temor, antes que una
misma suerte, anhelada tanto tiempo,
haga correr mi sangre confundida
con la tuya à violencia del azero.

Una nueva inquietud, que ya es cuidado,
se une à las turbaciones que padezco.
Dime, ò mi Amigo, ¿ quien discurres sea
esta Sacerdotisa, en cuyo pecho
sensible el Corazon, por cierto digno
de su belleza, se complace tierno
en la humanidad noble que amar save
en infelices? ¿ Que interès secreto,
que yo no atino, aquì empeñarla puede

en

en la suerte espantosa, en el suceso
de Agamenòn? ¿ De donde, di, proviene
que à su presencia, que à su hermoso aspecto
se desvanezca la tremenda noche
que al derredòr de mì siempre en el Viento
và derramando el susto que me sigue?
¿Por que desconocido encanto nuevo,
el terròr que me yela, à otros cuidados
mas amables lugar deja en mi seno?
¿Quales son los impulsos poderosos
cuyo dulce atractivo en ella pruebo?
En fin, ¿ quien puede haverme distraido
de mi antiguo cruel remordimiento?

PILADES.

En este instante amargo en que tu dicha
clama, ¿ que despreciable comunero
cuidado à agitar viene tu Alma triste?
¿De que se và à ocupar tu turbulento
Espiritu à presencia de la espada
que ya sobre el Altar dispuesta creo?
¿ Donde te empeñan los sentidos llantos
de una extraña muger, cuyos esfuerzos
fragiles le havran hecho que derrame
sobre nuestra desdicha, un pasagero
sentimiento piadoso momentaneo?
Puesto en balanza ya por tus primeros
sentimientos, ¿ pretendes, infelice,

dar sin honrā tus ultimos alientōs ?
Llena tu corazon de tu memoria ;
arma de sus cuidados tu ardimiento:
muere honrado , à lo menos , ya que es fuerza
morir sin gloria. Venturoso dueño
de tus sìmptomas , fuerte y animoso
à tus Verdugos llega à dar el cuello:
no les dejes de tì ver mas qne el Heroe.
Un grande corazon , otro tormento
no conoce , no teme que la afrenta:
se rinde à su rigor , domina el resto.

SCENA II.

ORESTES. PÌLADES. YPHIGENIA.

YPHIGENIA.

Yo veo turbadas vuestras frentes tristes.
Mi doloroso lastimoso aspecto ,
o dignos Estrangeros desdichados,
¿ os dà sospechas ? ¡ Ah ! juzgad , os ruego ,
con mas razon de un corazon piadoso,
cuyo empeño mayòr es defenderos!
No merece que el vuestro asi le ofenda...
Cambiando , pues , mi bruto Ministerio
en un mas digno empleo , à libertaros
de los rigores de estas Leyes vengo;
yo à lo menos presumo conseguirlo.

Ya de la Humanidad grandes esfuerzos,
despues de mil combates continuados,
à mis obligaciones me han resuelto.
Los mismos Dioses confundida admiro
se oponen en mi Alma à este sangriento
misterio que parece me imponian,
y que para vosotros suspendiendo
su voluntad suprema, aun ellos mismos
me arguyen criminal à vuestro aspecto.
Me atrevo à confesarlo, si: un urgente
cuidado amable se une lisongero
à la piedad que siente en sì mi Alma;
este cielo cruel me es estrangero:
Grecia es mi Patria. Desde aquì quisiera
escrivirles à algunos que yo creo
interesados en mi suerte; aspiro
à fijàr sus espiritus inciertos
por medio de vosotros, y à advertirles
del destino espantoso en que me veo.

SCENA III.

ORESTES. PILADES. YSMENIA.
YPHIGENIA.

YSMENIA.

Señora...

Hace seña que se retiren los Estrangeros.

Retiraos. (*) ¡Cielo santo!
à Ysmenia.
¿Que vienes tu à decirme?
YSMENIA.
Los dos Griegos
no pretendais salvar, quando uno solo
basta para cumplir vuestros deseos.
Todos nuestros amigos, temerosos
por vos como por ellos, resolvieron
que el intentarlo asì es hacerse inutil
victima, y proyectando vanos medios
delinquir en un grave doble crimen.
A esto añaden que Thoas, siempre fiero,
quiere sangre, y quizàs vaya à buscarla
en vuestro mismo flanco; que es buen medio,
tanto à los Dioses que quizàs la pidan,
como al que le atormenta terror negro,
cederles una victima: motivo
con que mejor podreis burlar su celo
que el os hace abusar por insufrible;
y que su bruto corazon en viendo
un sacrificio, quedarà engañado
del artificio del discurso vuestro.
Todos sorprehendidos de un espanto

(*) *Orestes y Pilades se retiran à lo interior del Theatro.*

casi invencible, à menos que à este precio
no quieren convenirse con mi Padre:
en vano à las instancias de su celo
sus lagrimas juntò... Señora, es fuerza
à su espanto ceder.

YPHIGENIA.

¡Crueles extremos!...¿

YSMENIA.

Dela eleccion os privan. Aquì habla
ya la necesidad. No hay mas remedio
que el de seguir su voz....

YPHIGENIA.

Tambien yo sigo
pues es fuerza, ¡ que horror! el mismo egemplo
de tu Padre: yo cedo à su peligro
à mi miseria, y à los Dioses nuestros!..¿

YSMENIA.

Pues yo vuelvo à buscarlo. Apresuraos,

SCENA IV.

YPHIGENA, ORESTES, PÌLADES, *en lo interior del Theatro.*

YPHIGENIA, *sola en el principio del Theatro.*

¡Cruel suerte! ¡ ay de mi! que tristes, fieros
son tus rigores! ¡ Ah! ¿ De donde nace
que casi siempre prive el justo cielo

à aquellos corazones que èl anima
virtuosos y humanos, del extremo
feliz poder de dilatar su vida!

(*) *à Oreste y Pilades* *aparte*

Llegaos infelices (*)... ¡ Ah! yo tiemblo!...
Entended por el susto que me turba
de vuestros males el terrible exceso,
y perdonadlos à mi fè... olvidada
de la fragilidad de mis esfuerzos,
llenando el corazon de la inocencia
que alentais, presumì, ¡ dulce y sangriento
error! que yo podria facilmente
suavizar el comun destino vuestro.
Asì os lisongeè, y aun à mi misma.
¡ Conque facilidad se entrega à aquello
que èl ama el corazon! La piedad mia
me cegò: peligrosos sus proyectos,
de los dòs solo al uno salvar pueden.
Y tàl es el rigor de mi hado acervo
y del vuestro ¡ ay de mi! que es fuerza muera
el uno si salvar al otro quiero.

à Pilades.

Vos de mi corazon teneis gran parte,

à Orestes.

Y vos la traspasais... ò hados severos!
mas, pues preciso es elegir ... ¡ no animo!...

à Orestes.

vossois quien partirèis. Ya mis decretos
estàn dados. Peligro y tiempo instan;
yo corro à aprovecharme en este estremo
de vos y de las tiernas ansias mias:
no puedo mas. Aquì al instante buelvo.

SCENA V.

ORESTES. PÌLADES.

ORESTES, *atonito.*

¡Donde estoi!... ¡Yo la dejo que se vaya!...
¿Pero que voz por mì, grandes y eternos
Dioses! le puede hablar?

PÌLADES.

Vè aquì cumplido
este justo dignisimo deseo.
Yo muero, de amistad victima honrosa.
¡Mi unico Amigo!...¡o Dios! suscribe luego
à mi felicidad... suscribe, Amigo,
à esta eleccion dichosa, que han dispuesto
los Dioses; à esta ansiada dicha mia.
Dejame morir solo, y dar modelo,
dar ydea de un fiel amante amigo
al Mundo... Con espanto, en el egemplo
de un Rey, deja que aprenda hasta que espacio
de la amistad se estienden los preceptos.
Tù no puedes mejor de mi ternura

pa-

pagarme los cuidados, que cumpliendo
con mis ansias, y la Sacerdotisa.

ORESTES.

¡ O furor!... ¿ Tu me amas ?

PILADES.

¡ Que estrangero
discurso, que interrumpen agitados
tus profundos suspiros, lastimeros !...
¡ Si yo te amo !

ORESTES.

Responde.

PILADES.

¡ Tu espantoso
eco me yela! Habla, ¿ que es tu intento ?

ORESTES

Que ocupes mi lugar.

PILADES.

¡ Yo ! ¡ tal me dices !
negarme à la eleccion !

ORESTES.

¿ Y es amor eso ?
Dime : ¿ quien de los dos perecer debe
en este sitio impio? ... Para ello
consulta la amistad, por mis delitos
marchitada. ¿ He dexado yo à tus ruegos
mi Trono y Patria? ¿ Aquì te han conducido
entre millares de sangrientos muertos,

el

el espantoso horror de tus maldades,
tu frenètica rabia, tus tormentos?
¿Vengador parricida del impìo
asesinato de tu Padre, à alientos
de tu brazo gustaste la venganza
de asesinar tu Madre? ¿Ves el suelo
salpicado de sangre, y en los aires
reproducirse funebres Espectros
en el dia que alumbran y esclarecen
relampagos y rayos? ¿Ves que huyendo
bajo tus pies la tierra se entreabra,
espantada de tì, y à tus opuestos
lados marchar tu Madre sanguinosa?
¿Ves terribles Serpientes, de su aspecto
y su frente lanzarse, y con sus grandes
roscas ceñirte y oprimir tu cuerpo?...
¿Es la muerte tu ultimo recurso?
Colmarà sola ella tus despechos?
¡Tu me amas! ¡y quieres que en estado
tan horible, agoviado con el peso
de mi oscuro atentado, huyendo el golpe
fatàl, que en mis furores apetezco,
buelva à buscar el dia que yo injurio,
esta vida fatàl que yo detesto,
proscripto, criminal, desesperado,
sin asilo, sin Dioses, sin consuelo,
en todo miserable, odioso en todo!

¡Tu me amas! y quieres ... ¡O tremendo
cumulo de mi ultrage ... tu pretendes,
en tu ardor, ò mas bien en tu ira ciego,
que yo me manche aùn de mas oscuras
iniquidades, por cobrar de nuevo
mis males, y pagar tus beneficios
Quieres que redoblando los excesos
de mi terròr, à intento de escusarte
algun frìvolo llanto lisongero,
execrable verdùgo aborrecible
de la Naturaleza, allà en el seno
de la amistad sepulte yo el cuchillo
Ah barbaro Tù puedes à este estremo
desconocèr el Alma de tu amigo,
la sangre que animò su nacimiento
Con que afrentosos rasgos tu me pintas
allà en tu Corazon Te haces concepto,
por verme criminal, de que no alienta
virtud alguna mi constante pecho

PÌLADES.

De la turbacion triste que te oprime,
donde te guìa el horròr Que macilento
simptoma te figura crimen tuyo
mi muerte Acaso para el noble efecto
de defender tu vida, dì: has vendido
mi sangre Debes tù, el ardiente acero
en la mano, romper mi triste flanco

tu fragil corazon, de los tormentos
del suplicio espantado, ¿ha sido movil
de la Sacerdotisa en mi suceso?

ORESTES.

¿Soi yo la menor causa de tu muerte?
¿Quien te conduce aquì?

PÌLADES.

El rigor severo
de tu destino.

ORESTES.

Y bien.

PÌLADES.

Pero aunque pese
à tu ira, à pesar de tus alientos
que siempre estàn probando mi constancia,
cese ya tu furor de hacerte reo
de mi muerte, que en vano me disputas:
de tu cadena rompa pues lo austèro.
El odio inexorable de los Dioses
puedo yo suabizar: quizà vertiendo
esta sangre amistosa sobre el Ara,
de tu atonito brazo expìes el yerro.

ORESTES.

¡Desdichado! ¿tu juntas tus porfias
à mi barbara Madre, porque à exceso
de mi dolor se doble mi amargura?
¿Porque quieres quitarme un solo excelso

beneficio del cielo, y darmẽ cargo
de otro indigno delito?... Al Mundo entero,
de donde me destierran mis furores,
aborrecible... dime: ¿ donde puedo
confiar? quien serà mi augusto assilo,
si tù con mis fortunas de concierto
me quitas de una vez muerte y Amigo

PÌLADES.

Muere, cruel: al impetu violento
de tu envidia feròz haz pues que pierda
tu Amigo aquì dos vidas; Ah! y que necio
yo me lisongeaba que rendido
à la eleccion de nuestros Dioses, cuerdo
respetando la sangre trasmitida
en tus venas, gloriosos sentimientos
sobre tu misma alma te elevaran,
y recivirme hicieran en tu pecho!
Pero tu solo quieres en tus furias
seguir mis pasos, y quitarme el precio,
¡o ingrato! de mi muerte. ¡ Ah Dios!... mi amado
Orestes, por piedad, ¡ ah! por obsequio,
dignate, por tu Amigo, à su desgracia
sobrevivir... permite que mi aliento
à tus tristes furores quiebre el curso.
Fuerza es para triunfar de tu altanero
humor que reuniendo mis fatigas
à las de Agamenòn, y al tronco Regio
de

de su familia, con la triste Grecia
unida à tus desdichas y tormentos,
me arroje yo à tus pies, y de un torrente
de lagrimas mi rostro humedeciendo...

ORESTES.

Detente: ¡ que ! hasta aquì injuriarme intentas!
¿ quieres que abjure yo mi juramento
al pie de estos Altares, tantas veces
repetidos, por quien con yugo eterno
unas à otras se unieron nuestras Almas?
Barbaro... ¡ Ah ! yo me rindo à este postrero
ultrage... mira bien mi horrible estado...
mira tu horrible accion... Yo no me entiendo...
no me conozco... Pero tu inflexible
corazon, siempre à ultrages mas propenso,
lejos de enternecerse màs se irrita...
¡Y bien ! yo voi (de un crimen eximiendo
a la Sacerdotisa) à descubrirle
el mìo, y los horrores que padezco;
y por obligacion à persuadirla
revoque la eleccion, que haga de nuevo.

PÌLADES.

¿ Que vàs à hacer, amigo? ¡ Cielo santo!...

ORESTES.

Lo que devo.

PÌLADES.

¡ Ah ! que espanto! ¡ que funesto;

de

delitios; ¡ Ah! que colera enemiga!
Que ¿ aspiras à comprar la muerte à precio
de una infamia? ¿ El olvido de tì mismo
llevaràs, grandes Dioses! hasta el fiero
deseo de morir envilecido
en el oprobio vil de tus despechos?

ORESTES.

Tù me obligas à ello. Tu injusticia
ciega, este sacrificio indigno ha impuesto
à mi virtud. A tanto me ha obligado
tu frenetico ardor.

PÌLADES.

Yo ... justo Cielo ...

ORESTES.

Ahorrèmos inutiles discursos.
O jurame de huir tu fin sangriento,
o busco asi mi muerte merecida:
mira lo que resuelves; que yo en esto
atestiguo los Dioses irritados
del pàlido sonrrojo de mi aspecto.

PÌLADES.

¿ Puedes jurar tu afrenta?

ORESTES.

Tù la quieres.
Sì, yo la juro aùn, ò à mis deseos
satisface. Yo me declaro un monstruo
que aborrece la luz, y que se ha hecho

de la Naturaleza toda un triste
horroroso terrible Mausolèo:
digo quien me diò el Sèr y à quien dì muerte.
Y si aun con esta confesion no devo
morir, si aun combatida por librarme
es la Sacerdotisa, reciviendo
sus deseos, yo acepto sus favores...
Yo me immolo a tu vista; y si à este tiempo
balencèa esta mano; o tierra! entonces
manifiesta tu horror, abre tus senos;
y vosotros que oìs mis infortunios,
aniquiladme, vengativos Cielos.

PÌLADES. *aparte.*

¡Yo tiemblo! ¿que opondrè à su ciega rabia?
¡Ah Dioses! inspiradme... Acaso Alcèo...

ORESTES.

Ya la Sacerdotisa ver se dexa.

PÌLADES.

A tu furia frenetica yo cedo.
Menos amo tu vida que tu honra.
Muere; mas muere con tu honor entero.

SCENA VI.

ORESTES. PÌLADES. YPHIGENIA.
Y SMENIA. EUMENA.

YPHIGENIA, *con una Carta en la mano, à Orestes à Pilades.*

Ued aqui..... retiraos vos. Conduce,
ò mi Eumena, sus pasos al funesto
lugar donde he dispuesto se debuelva.

ORESTES, *deteniendo à Pilades.*

¡ Ah ! ¿ que intentais, Señora ? deteneos.
No muera èl. A mi solo corresponde
morir. Vuestro piadoso noble pecho
al elegir la Victima se engaña.

YPHIGENIA.

Cesad. ¿ Que es lo que haceis ?

ORESTES.

Libraros pienso
de un crimen. Reservad vuestras crueldades
justas contra mi vida, y el efecto
de vuestra bondad noble en èl recaiga.

YPHIGENIA.

¿ Por que vos despreciais el brazo tierno
con que os contiene la Piedad, ya al borde
del precipicio?

ORESTES.

Por que el noble aliento
de este mi heroico Amigo, quanto ha sido
me ha immolado. Mis tragicos sucesos
y mi amistad son todas sus desdichas.

YPHIGENIA.

¿Y que! ¿vos preferìs un fin sangriento
al poderme servir, y hacer dichosa?

ORESTES.

No confundàis mi corazon al peso
de un baldon afrentoso: de mi Estrella
acusad el rigor. En este tierno
Amigo, permitidme que yo os sirva;
yo os lo guardo à cumplir vuestros deseos.
Confiad sin sospecha vuestras letras
à su fè; y dejadme en mis tormentos
morir merecedor de tal Amigo.

YPHIGENIA.

¡Que generoso ardor! ¡Que insigne esfuerzo!
Andad. Mui digno sois de mis bondades.
vivid, pues, y servidme. Yo no entiendo
que voz por vuestra vida me està hablando
acà en el corazon, y persuadiendo
à que confirme mi eleccion.

ORESTES.

¡Ah Dioses!
No bolvais mi detino mas horrendo.
Dejad morir, esento de vileza,
à un infeliz. La muerte solo anelo:
no aspireis à burlarme esta esperanza:
no me obligueis quizàs à aborreceros.

YPHIGENIA. *à Pilades.*

¿Pero vos consentìs en estas furias

que

que le animan? ¿ No irèis tambien, no menos barbaro y arrogante, delineando
vuestra triste amistad contra mi pecho,
à combatir, qual èl, el ansia inutil
de mi piedad, à preferirse fiero
à su muerte?

PILADES, *à parte.*

¡ Ay de mì! ¿ Que he de decirla?

ORESTES, *asustado,*
en voz baja à Pilades.

Señora... ¡ Ah! recobrate.

YPHIGENIA.

¡ Que veo!
Parece os confundis. Hablad. ¿ Què susto...?

PILADES.

Su desesperacion cruel me ha hecho,
en el sobrevivirle, una espantosa
obligacion terrible.

YPHIGENIA.

¡ Como, Cielos!...

ORESTES.

¡ Ah! no por un cobarde vil desmayo
paseis à sospechar algun defecto
en la heroica nobleza de su alma.
Si èl me deja morir, me ofrece en esto
su heroismo: guardandome su vida,
aun hace mas por mì que harà muriendo.

Mas, Señora, cesad de arruinaros.
Permitidme que os salve lo que quiero.
¡ Ah ! soi yo mui infeliz para serviros...
volved àcia mi Amigo el dulce aliento
de vuestros ojos : no os negueis à todo ;
mi triste corazon para esto empeño.
De los tres causareis la triste injuria
y la pèrdida.

YPHIGENIA.

¡ Y bien ! yo lo consiento ;
seguid pues el furor que os precipita,
y en que yo misma horrorizada tiemblo... ;
Morìd...

PÌLADES, *àparte.*

¡ Cielo! Yo gimo.

YPHIGENIA, *à Pilades.*

¿ Y en mis ansias
me serèis vos fiel ? ¿ Podrà mi anelo
confiarse de vos ?

PÌLADES.

El tiempo solo
os darà à conocer mi grande celo... ;
Dignàos diferir un solo dia,
de este mi Amigo, el Sacrificio horrendo
que os hace preparar su misma furia...
Concededme, Señora, que à lo menos
la centelleante llama de su Pira

no me aflija sobre este Mar sangriento...
¿Me lo ofreceis?

YPHIGENIA.

Confiad en mis piedades.

PILADES.

Escusad los terrores macilentos
de una tierna amistad. Aquì es preciso
me empeñèis vuestra fè con juramento:
yo no puedo partir sin este gage.

YPHIGENIA.

Pues lo quereis, yo juro à los eternos
Dioses cumplirlo asì. YO! si quisiesen
de esta obligacion vil librar mi pecho!
Mas no el tiempo perdàmos tan sin fruto.
à Orestes.
Estrangero infelice, bien que menos
que admirable, abrazàd à vuestro Amigo
que ya no verèis màs.

ORESTES, *abrazando à Pilades.*

Adios... superfluos
suspiros no se vean en tus ojos.
No mi muerte, mi dicha si estàs viendo.
El oprobrio y los males siempre han sido
mis caudales... ¡Adios!... tu noble aliento,
leal à la amistad, en tì conserve
de tu Amigo espirante un fiel disseño,
la màs digna mitàd. Toma à tu cargo,

si al fin te restituyes à mi suelo,
cuidàr de mi infelice amada hermana.
Enjuga pues sus llantos, y tu esmero
le haga creèr en tì su hermano triste.
Sobre todo sè fiel al noble obgeto
señalando à Yphigenia
à quien yo devo aquì tu ilustre vida.
Abràzame otra vez... Adios...

PÌLADES.

Yo muero...

ORESTES, *arrancandose de los brazos de Pìlades.*

Vamos...

PÌLADES.

Mi Amigo me abandona... tente:

ORESTES, *precipitandose de nuevo en sus brazos y deshaciendose despues.*

¡O mi Amigo!... ¡mas ah! que mi hado fiero
lo ordena!...

PÌLADES *deteniendole.*

Yo no puedo dividirme...

YPHIGENIA, *llorosa.*

Forzoso es separaros. ¡Santo Cielo!...

PÌLADES.

Señora...

YPHIGENIA *à Pìlades.*

¡Que! ¿quereis entre sus brazos
espirar?

lleva à Orestes hasta lo interior del Theatro.

PÌLADES *aparte en la punta del Theatro.*

Anda, Amigo, que mi aliento
ò bièn sabrà salvarte, ò bien seguirte.
¡Ah! y aun quando quisieran mis esfuerzos,
¿ podrìa sobrevivir à tus desgracias
mi heroico corazon, mi altivo Pecho?

SCENA VII.

PÌLADES. YPHIGENIA.

YPHIGENIA.

¡Ay de mì! quanto al veros me lastimo!...
Pero no malogrèmos los momentos.
Ydos, pues, y servidme qual yo os sirvo.
Ved aquì en fin la carta que os entrego
para Mycenas. Si domàis el odio
del hado que os persigue tan violento,
no engañeis la esperanza prometida,
y en las manos de Electra fiel ponedlo.

PÌLADES.

¡ Que oigo! ¿ Que enlaze con Electra os une?

YPHIGENIA.

Nada digàis: dejadme mi secreto,
pues que tanto yo el vuestro he respetado.

PÌLADES.

Per-

Perdonadme, Señora: ya obedezco.

SCENA VIII.

PILADES. YPHIGENIA. YSMENIA. UN ESCLAVO.

YSMENIA.

La Nave està dispuesta, y ya flotando
al arbitrio piadoso de los Vientos
que vuestros intereses patrocinan.
Este Esclavo se empeña en que por medio
de las Rocas, se atreve hasta la orilla
à guiar con sigilo al estrangero.
El tiempo insta.

YPHIGENIA.

Venid ¡O si pudieseis
sin ser visto alejaros de este Puesto:
merecer sin testigos mis cuidados,
y dejar estos terminos sangrientos!

Fin del Acto Tercero.

ACTO QUARTO.

SCENA I.

YPHIGENIA. EUMENA.

YPHIGENIA.

El Esclavo no viene. ¡ Tristes sustos !...
¡ o mortales espantos !... Ya en mis ansias
mis ojos, sin querer, de agua se llenan...
¿ Que serà ya del Griego à quien amaba
con tanto estremo mi dolòr ? ¿ Acaso
lo tendran oprimido mis desgracias ?...
¡ Fuerza ha de ser ahogarse en los tormentos
de la duda, afligiendo mas mi alma
los males que ella teme, y de que ès presa !
¡ Crueles dilaciones ! ¡ Quanto alcanza
todo aquì à confirmarme en los oscuros
tristes presentimientos que me espantan !
¡ O Cielo ! ¿ ha de incurrirse en tu odio fiero
por dàr à la inocencia una apiadada
mano ! ¿ Quando agradarte yo he devido
te he podido irritar ? ¡ Que ! castigada
he de ser por querer solo imitarte !...

EU

EUMENA.

¿ Por que ha de daros susto qualquier vana
oposicion ?

YPHIGENIA.

La turbacion funesta
es oraculo fiel para mi alma.

EUMENA.

¿ De que sirve entregaros à los males
que temèis ? ¿ De que sirve acongojada
el que os desesperèis antes de tiempo ?

YPHIGENIA.

Dejame. Yo he colmado las venganzas...
el horror del destino que me oprime.
Yo hago infelices por mi propria causa,
y tal vez puede ser por un delito...

EUMENA.

De vuestro espanto serenad la falsa
triste enagenacion ; y quando menos
agardad buelva Ysmenia , que aun no tarda .
Ya la diviso.

SCENA I.

YPHIGENIA. YSMENIA. EUMENA

YPHIGENIA.

¡ Y bien ! ¿ Que hai ya que espere ?

El Estrangero y esclavo ... ¡ que ansia !
¿ se han unido à tu Padre ?

YSMENIA.

En el parage
prescrivido se ignoran sus pisadas:
ninguno de los dos ha parecido.
Ympaciente mi Padre registraba
sin fruto alguno las ocultas sendas
que el esclavo ha devido seguir : nada
ha visto. Ambos à dos se han retardado.
El no se atreve à interpretar tan largas
siniestras dilaciones. Ya entretanto
reina en todo el Palacio una gran calma:
En el silencio de la noche ocultos
vuestros designios, doctamente engañan
la vigilancia de la ardiente vista
que os persigue... ¡ Mas que miran mis ansias !

SCENA III.

YPHIGENIA. YSMENIA. EUMENA;
EL ESCLAVO.

YPHIGENIA.

Llegàos. Serenad todo esse susto.
¿ Que es del Griego entregado à vuestra guardia ?

ESCLAVO.

¡ Ya no hai tal hombre !

YS-

YSMENIA.

¡ Cielo !

YSMENIA.

¡ Como?

ESCLAVO.

Oidme.

Bajo auspicios suaves que alhagavan,
costeando elevados precipicios,
ya nuestros tristes pasos se abanzaban
àcia el lejano assilo, en que fluctùa
la Nave, para que huya preparada.
Yo iba delante; y èl seguìa mis pasos.
Quando espantado de una voz lejana,
me detiene y atentamente escucha:
el momento despues se figuraba
ver de lejos llegarse àcia nosotros
à paso lento alguno que allì estaba.
Su corazon se turba; y al instante
pretende que lo deje, y que yo vaya
à deslucir el riesgo que le agita:
al terror cedo pues que le angustiaba;
y aun yo mismo temblando con el miedo
de la sorpresa, bajo de una alta
grande escarpada roca en lo profundo
de una Cueva feròz, donde empujadas
las ondas se destrozan à gemidos,
le hago retirar. Con pronta planta

cor-

corro à vèr en efecto si su vista
de soñados terrores engañada
podìa engañar al uno por el otro.
Reconociendo en breve la fantasma
de la ilusion fatal que en nuestros pechos
produjo espanto igual, àcia èl bolava.
Lo busco: ¡ mas ò inutiles cuidados!
De la Roca en las quiebras escarpadas
no le encuentro. Las olas que allì rompen,
segun toda apariencia, en la agitada
oposicion del flujo y del reflujo,
lo han tragado, y con èl vuestra esperanza

YPHIGENIA.

al Esclavo. à Ysmenia.

¡ O suerte!... Ydos... Y tù de estas riveras
enemigas alèja sin tardanza
à tu Padre y Amigos... ; ah! conserva
à tu amor una frente tan amada.
Vuelva à su assilo èl, yo à mi miseria...

SCENA IV.

YPHIGENIA. EUMENA.

YPHIGENIA.

; Ya esto es hecho!... La credula esperanza
que prolongaba mi vivir, ya es fuerza

renunciar para siempre ! En tales ansias
celoso del cuidado sanguinario
que su rigor me impone, el Cielo traza
oponerse à mi buelta... Ya en el Mundo
desparece mi bien... perdì la patria ;
¡ no hai Argos para mi!... ¿ Siempre estas losas
han de verse en mis llantos anegadas?
¡ Ah ! pues sin esperanza, en servidumbre
devo arrastrar aquì la immensa carga ;
los golpes de una vida ya expirante,
bien serà lo posible me complazca.
Veamos, si puede ser, el otro amable
Estrangero; en mis funebres desgracias
lleguemos finalmente à consultarlo.
Este es el Griego ultimo que a tantas
calamidades pueden ofrecerme
estas riveras funebres que espantan
toda la humanidad con sus horrores ?
Aprovechemos esto..

EUMENA.

¡ Y bien! ¿ que aguarda
vuestro dolor de diversion tan triste ?
¿ Quereis, menos que nunca de esta alma
despotica Señora, reanimando
la piedad, que à su vista es fuerza arda,
rendiros à sus Symptomas funestos
en vèz de dominarlos con constancia ?

YPHIGENIA.

Los Dioses, recobrando su primera
Victima, me hacen ver à luz bien clara
mi obligacion y crimen.

EUMENA.

No Señora
veàis este Griego mas que al pie del Ara
sometida la frente à la Cuchilla.

YPHIGENIA.

Sea qual fuere el peligro, mi constancia
no puede mas: consiente en mis dolores.
Yo quiero oirle, y que su voz deshaga
ò confirme las dudas espantosas
que entre horrores mi espiritu desmayan.
Nada à mi obligacion contrario temas:
toda su sangre aquì prometo darla
al culto de los Manes de mi hermano.
Bajo el fatal cuchillo derramada
tù la veras correr y acaso en ella,
en mi enagenacion, la mia mezclada!

SCENA V.

YPHIGENIA *sola*.

Dignàos, alomenos, concederme
mi obligacion legitima anelada,

y dejad que mi victima os immole
sin los remordimientos que me asaltan ,
¡ Grandes Dioses ! que invocan en gemidos
mis angustias... vosotros que con ansias
me espantàis quando aspiro à obedeceros.
Y tù , Heroe joven , sombra tierna amada ;
resto infeliz de aquel Pèlope grande ,
de quien todo mi aliento yo aguardaba..;
Hermano (tanto màs de mis dolores
amado , quanto tù en la primer causa
de mi desdicha nunca parte fuiste ,
que antes bien llena tu inocente Alma
de espantos en mis brazos desmayado
ardentisimas lagrimas lloraba) :
por la suprema obligacion , recive
de mi tremulo amor , embuelto en agua
de mis ojos , sangriento este homenage:
recive... ¡ Mas que ofrenda tan infausta
le presenta mi àmor ! La triste sangre
de infelices presumo que le agrada
Ah que à ser su defensa èl ha nacido
un grande corazon en èl retrata
la suerte que a infelices atormenta:
un mismo sentimiento los iguala

SCENA VI.

ORESTES. YPHIGENIA. YSMENIA.

ORESTES. *à parte.*

¡O muerte! à tanto cumulo de horrores
arranca, en fin, mi combatida alma!.

à Yphigenia.

Señora, ¿me llamais para que os siga
al Altar? Vamos pues: que mis pisadas
furiosamente seguiràn las vuestras.
Los Dioses han savido en mis desgracias
pintarme como un bien la in fausta muerte.
Vamos ... ¡Mas que! ¡Llorais!

YPHIGENIA.

¡Cruel!... mi amarga
ternura respetad... y ante mis ojos
mostrad menos Nobleza. No en balanza
tengais siempre mi Espiritu cobarde,
que quiere, y que no puede, por mas que haga,
ser enemigo vuestro. Ocultaos todo
à mi alma sensible: vuestra alta
virtud mi obligacion cumplir no deja.

ORESTES.

¡Ah! no à mis males redobleis la saña.
¿De que sirve me ahoguen vuestras penas?
Señora, por piedad, vuestras instancias
no me presenten màs esos horrores.
Venìd. A mi fortuna, no tirana
mas tiempo os pongais... pero, Señora,

ha-

hablad pues. ¿ Que os detiene? ¿ Vuestra alma
gime al golpe que deve dar la mano?
Armad mi brazo: con virtud sobrada
llenarà vuestro oficio; el và à libraros
de esta immolacion bruta que os espanta.

YPHIGENIA.

¡ Quanto à este noble Symptoma se siente
preso mi corazon!... ¿ Que sangre odiada
es la que derramar querèis? ¿ Que aliento
os la comunicò ? ¿ Qual es la casa
que os ha visto nacèr ¿ Qual vuestro origuen?
Mas ya ignorarlo quiero: no hableis nada.
Reconoceros temo... Asì dejando
entre vos y los Dioses la confianza
de ese vuestro secreto, sobre un punto
satisfaced tan solo mi esperanza.
¿ Que es lo que en Argos saven de Yphigenia?
¿contra su vida, Grecia aun està aunada?

ORESTES.

¡ Con que memoria traspasais mi pecho
¿ Que es lo que me pedìs? ¡Ah mortal ansia!

YPHIGENIA

¿ Que turbacion su nombre os comunica?
Brillando en vos las flores de una Hidalga
Juventud, no podèis haverla visto;
no haveis podido reincidir en nada
con la traicion horrorenda de los Griegos

que

que ardian en deseos de immolarla:
para su injusto barbaro suplicio
no haveis podido preparar el Ara.

ORESTES.

¡ Mas que cuidado!...

YPHIGENIA.

Respondad, no siendo
complice bruto vos en sus desgracias.

ORESTES.

¿ Que querèis ? a sufrir su misma suerte
voy : por la misma senda temeraria
voi à bajàr al termino que ella.
¡ Felìz yo si pudiera en esta varia
cruel Estrella, qual victima obediente,
ofrecer à los Dioses por venganza,
tan justa frente como le diò ella!...

YPHIGENIA.

¡ Pues que: ¿ Ygnoràis que aun vive, y que Diana
la robò à las crueldades de los Griegos,
y à una horrible Rivera transportada...

ORESTES.

¡ Que oigo ! Yphigenia!... ¡ o Dioses! ¿ es posible..!
¡ Que ella vive! ... Acabad: con suerte tanta
muero felìz... Decìd... ¿ saveis si es cierto ?...
¿ sobre que fieros terminos descanza
una victima tierna y tan querida?

YPHIGENIA.

Aquì respira.

ORESTES.

Justo Cielo ... Que ansia

Y podreis instruirme de su suerte

lisongeareis en esto mi esperanza

YPHIGENIA.

Ah mas que vos de lastima acreedora,
la sanguinaria suerte que os aguarda
extremamente dulce le parece.

ORESTES.

Ah Dioses con que espantos me acobarda
tal discurso ... Ay de mi ... Podrè yo verla
y con mis tristes lagrimas bañarla
Si supierais... mas nò... Le serè odioso...
à horror la moverè ... Y al ver bañada
mi mano, aun humeante, en una sangre
tan querida, podrà quererme humana
Detestarà mi crimen, y mis Yras.
Yo me aborrezco, yo... Potentes áltas
Deidades, que tormentos son losmios
Los pueden soportar mis fuerzas vagas?
Pero, ¡ Cielos!... de todos el mas grande
es merecerlos... es prestarle causa !...

YPHIGENIA.

¡Que ! ¡vos estais culpable, y yo os escuso!
¡La muerte mereceis, y os la dilata
mi mano! ¡ Quando à furias tan horribles

yo devia temblar, mi triste alma
se enternece, à gemir acierto solo!...
¿Quien sois? Quizàs mi vida en esto vaya.

ORESTES.

¿De Orestes infeliz que habla Yphigenia?

YPHIGENIA

Era en todo su unica esperanza.
Ya sàve que muriò.

ORETES.

No tal, Señora:
sobrevive al horror de sus desgracias.

YPHIGENIA.

¡Que me decìs!...

ORESTES.

Que vive, pero vive
desesperado de poder hallarla.

YPHIGENIA.

¡Como!

ORESTES.

¡O Destino! ¡O rigor eterno!
ella ignora que aquì...

YPHIGENIA.

¡En la tierna agua
de vuestros ojos derretidos veo!
¡Ah! seàis quien fuereis, no burleis mis ansias.
¡Ah! dignaos responderme! ved que muero!...

ORESTES.

Mi turbacion y mis suspiros causan
que demasiadamente se conozca...

YPHIGENIA *con sigo, y mirandolo.*

¡ Que sospechas sus voces me levantan
acà en el corazon! Su edad tan Joven...
sus facciones... las voces continuadas
que un sentimiento oculto siempre alienta...

à Orestes

¿ Si es èl? Hablad. Devanecedme tantas
dudas como ocasionan mis tormentos.

ORESTES. *atonito.*

Y bien à sus desdichas continuadas,
reconoced à Orestes.

YPHIGENIA. *desmayada en los brazos de Eumena*

Que mi hermano

ORESTES.

Yphigenia... Que veo ... Que ... mi hermana...
Sì, que mi corazon me lo atestigua.
¡ Yphigenia ...

YPHIGENIA. *volviendo en sì*

Mi Orestes Ah se encantan
mis sentidos ... Mi hermano ... o dulce nombre ...

ORESTES.

Mi hermana ... dulce voz ... Pues què aun me amas
No me tienes horror ... suspiras lloras...

se abrazan.

Mi querida Yphigenia ... Hermana amada ...

YPHIGENIA.

O momento de encantos todo lleno
Mi hermano està en mis brazos ... Yo tirana
lo iba à degollar

cae en los brazos de Eumena.

ORESTES.

Cesad. o triste ...
En que rigores nuevamente tratas
sepultarme ?

YPHIGENIA.

Ay de mì ¿ Quien te ha impelido
à esta homicida tierra sanguinaria ?

ORESTES.

El Cielo, el Cielo injusto, que me ha hecho
parricida feròz, y que desata
para asi castigarme, en mi ruina,
los monstruos vengadores que en sì guardan
los Abismos horrendos de la muerte,
para mejor dejarme entre su Saña,
me condena cruel à que al fin robe
de estos sitios la Imagen de Diana.

YPHIGENIA.

Ese Cielo cruel, è impenetrable
de quien tiemblo, ¿ querrà con suerte varia
acabar nuestros males, ò cumplirlos ?
¿ Mas como engañarè la vigilancia
del Tirano, observante de mis pasos ?

¿ Como te eximirè de la tirana
suerte que te reserva ? ¡ Que de horrores
este fatal momento me prepara !
¡ O vil supersticion , ¡ que furias mueves!...
à Orestes
Ruido siento. Huye. Sus pisadas
deslumbra , Eumena . ¡ Dioses! ¡ Si este fuese
Thoas ! ¡Ah! si su colera inhumana!...
Vete.

ORESTES.

¡ Que ! ¡ Yo dejarte! entre tus brazos
espirar , es mi unica esperanza.

YPHIGENIA.

Cruel ! ¿ quieres mi muerte?

SCENA VII.

YPHIGENIA. YSMENIA.

YSMENIA.

Huìd de Thoas ,
huìd su fiero rigor , su ardiente rabia.
Ya la fuga infeliz del Estrangero
ha savido. Saciando su venganza
espira ya el Esclavo. Y aèn su seno ,
de un infeliz deseo desenlaza
el nudo desdichado. Sin que aun sean

sospechosas al Barbaro sus canas ;
mi Padre y sus Amigos las riveras
ocupan: de la nave preparada ,
sin fruto , para el Griego , apresurados
fuerte assilo se forman à sus ansias.

YPHIGENIA.

La muerte sola como à un Dios invoco:
su poder solamente aquì me salva
de un espantoso crimen que aborrezco !

YSMENIA.

¡ Temblàr me haceis!... Hablad.

YPHIGENIA

¡ O Ysmenia amada !
Aquèl otro infeliz triste Estrangero
que deviò degollar mi mano infausta....

YSMENIA.

¡ Y bien !...

YPHIGENIA.

Ese es mi Hermano.

YSMENIA.

¡ Santo Cielo!

YPHIGENIA.

Tù vès mi turbacion , mi pena amarga,
mi desesperacion , mi triste llanto
que su peligro nuevamente agravan.

YSMENIA.

Señora , es fuerza...

SCENA VIII.

YPHIGENIA. YSMENIA. EVMENA.

EVMENA.

Vuestro hermano Orestes
està en poder de Arbàs, que aora acaba
de prenderlo por orden del Tirano.

YPHIGENIA.

¡Con que enojos, ¡ò Cielo! tu pesada
cruel mano, con golpe sobre golpe
viene à romper mi alma aniquilada
¿Eterna furia tu venganza anima?
¿No han de poder mis llantos desarmarla?
¿Quieres forzarme à asesinar mi hermano?
En sus abrazos terminemos tanta
fatàl penalidad, cruel miseria.
Corramos.

YSMENIA.

¿A que termino os arrastra
ese ciego penar que os enagena?

EUMENA.

Ah Señora...

YPHIGENIA.

Dejadme.

YSMENIA.

Pe-

EUMENA.
Tenèos. ¿ Que buscais?
YPHIGENIA. *con despecho*
Mi fin: la muerte.
YSMENIA.
A seguirla animèmos nuestras Plantas.

Fin del Acto Quarto.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

THOAS. GUARDIAS.
THOAS.
Que arte, para engañarme, aqui empleaba
la infiel Bajo de que pretexto santo
me alejaba de sì... o fatal misterio
Por dejarme, que horror mas bien burlado,
hacèr impunemente hablar los Dioses.
De su pèrfida alma penetrando
el artificio, ¿ que à mis ojos mismos
no haya yo el sacrificio autorizado ?...¿

¿ Sobre su Fè devìan mis terrores
descanzàr? ¿ Quien me puede haver cegado
en tal sueño de error ? Los privilegios
de mi ultrajada Religion vengando,
¿ que à su alma sacrìlega no pueda
llevar, con mis tormentos, mis espantos,
la ponzoña y el hierro ? Ha de ser fuerza
que con toda mi sangre he de ir pagando
su traicion, su maldad, su alevosìa ?
¿ Mas quien suspende mi enojoso brazo?
Venguèmos la opresion. Haste en las Aras
deve ser el delito castigado.

SCENA II.

THOAS. ARBàS. GUARDIAS.

ARBàS.

Todo està con terròr restituido,
Señor, à su devèr. Asegurado
quèda el otro Estrangero à vuestras iras.
Aquèl, cuyos frenèticos espantos
os llenavan de horror ! Lo he sorprehendido
de la Sacerdotisa entre las manos,
que inundavan sus lagrimas ardientes...
¡ Mas que turbacion nueva!...

THOAS.

To

Todo quanto
oygo y veo, sospechas me amenaza:
todo se me presenta bajo un falso
siniestro aspecto. ¡ O tù, mi Arbàs querido,
cuyas fieles sospechas han llegado
à dispertarme ya en el precipicio:
¿ crèes que el estrangero libertado
de los Altares, en las grandes ondas
pueda su muerte haverle sepultado,
y que el esclavo vìl que le guiaba,
pèrfido en el tormento no haya estado ?

ARBàS.

Yo no creo, Señor, que haya mentido.
Muriendo, ¿ que esperaba en sus engaños ?
Y aun quando èl nos mintiera, se supièra
vuestra Victima hallàr entre esos varios
infelices, que el crimen nos señala,
y à quienes mi prudencia recelando
ha hecho detenèr dentro del Puerto
sobre un Bajèl ocùlto, preparado
para el transporte suyo. Y ellos mismos,
el suplicio en cadenas aguardando,
de su còmplice vìl la accion confirman,
un gran silencio en lodemàs guardando.

THOAS.

¡ Fatàl presentimiento me confunde !

ARBàS.

¡Y bien! sobre esta (puede ser acaso)
legìtima sospecha, hacèd se busque
en las Rocas la victima: yo aguardo
sepàmos encontrarla, y aun bolverla
al suplicio, à no sèr le halla tragado
el Abismo terrible de las olas.

THOAS.

Anda, corre à librarme de este pasmo:

SCENA III.

THOAS. GUARDIAS.

THOAS, *à uno de las Guardias.*

Hàz tù venìr la infièl Sacerdotisa.

SCENA IV.

THOAS. GUARDIAS.

THOAS.

Contra mis dìas ùltimos ya dando
su sentencia el Oràculo funesto,
buelve à herìr, con sangrientos tristes rasgos,
mi yerto corazon. Veo que Diàna
me deja à mi destino abandonado.
La traicion me persigue: me rodeà

la

la muerte! En mis peligros queria en vano
cegarme... ¿ Pero que prodigio horrible
me viene à confundir? De todos quantos
infelices mi celo ha destruido,
me oigo llamàr en tragicos espantos!...
veo reanimarse sus desechos miembros
que han derramado mis sangrientas manos
al piè de estos Altares!... ¿ Como, ¡ Cielos!
entenderè tan fùnebres milagros?
¡ Grandes Dioses! ¿ desmienten vuestros hechos
la fè que los Oràculos han dado?...
Pero no oigàmos màs que mis furores;
despreciémos terròr de un miedo vano.

SCENA V.

THOAS. YPHIGENIA. GUARDIAS

THOAS.

Llegàos y temblàd. Que vuestra Alma
confundida, ya sienta los Estragos
de la pena à sus crimenes devida.
Pèrfida... respondèd al ceño airado
de mi burlada colera, dispuesta
à vengàr sobre vòs el enojado
Cielo no obedecido. ¡ Desdichada!...
¿ por que le arrebatàsteis, aun que en vano,

al celeste rigor, ese infelice
Estrangero que alienta mis estragos?
¿Qual era vuestro intento? ¿Que misterio
aborrecible os hizo que en mi daño,
que contra mi, burlàseis de los Dioses
el Orden siempre eterno soberano?

YPHIGENIA.

Quando à la màs oscura vil sospecha
vuestra infiel Alma se abandona; quando
sobre su fè parece condenarme:
¿de que sirve abatirme hasta el estado
de dar justificadas mis acciones?...
Pero si a la verdad fuerza es dar algo,
yo no tuve otro fin, quando rompìa
la cadena cruel de un desdichado
de essos que el odio vuestro prostituye,
que el de informar por èl mis angustiados
Padres, del cruel destino de mi vida,
que à mi pesar prolongan mis enfados:
Y este corazon puro, que oscurece
la impostura, en piedades siempre u fano,
siguiò solo la voz que en dulces ecos
le dictò natural piadoso labio.

THOAS.

Bien pensarèis con ese vil discurso
poder lograr en mi segundo engaño:
pues no, que ya os previenen mis cautelas.

Fuera de què, ¿ quien puede aquì escusarè
quando os consta que oraculo terrible
con horror me està siempre amenazando;
sino immolo à los Dioses, tan celosos
de sus Altares, todo vil profano
estrangero, en sus iras proscrivido?

YPHIGENIA.

¡ Ah! este oraculo oscuro, tanto quanto
terrible, ¿ para el màl del Mundo todo
tan verdadero es? ¿ Los que os lo han dado
no os lo han podido suavizàr? ¿ Al gusto
de vuestra Alma pudieron no dictarlo?..
¡ Que! ¿ son incorruptibles los ministros
de los Cielos? ¿ No caven en sus flancos,
intereses, errores, falsedades?
¡ Ay de mi! por poder mejor llegarnos
à los Dioses, à sus Divinas Aras,
¿ nos hemos de oponer à los humanos?..
Yo no quiero descanze mas la duda
sobre el decreto oscuro que con tanto
terror de vuestra Alma se apodera:
màs deve la razon interpretarlo;
y este es el noble Oraculo primero
que deven atender nuestro cuidados.

THOAS.

¡ Ah! ¡ que pèrfida escusa, y que espantoso
lenguage! ¿ Que motivo os ha empeñado

para asì hablarme ? ¿ Presumìs , perjùra ,
nuestros augustos Dioses despreciando ,
vuestro gran Ministerio envileciendo ,
con delito mayor justificaros ?...
¡ Que ! ¿ por una piedad desordenada ,
delinquente quizàs , fuerza es que el brazo
haya de respetarte , ò Diana , en ella ?...
¿ No deverè , de miedo libertado ,
vengar en su perjuro infame pecho
el honor de tu Templo profanado !

YPHIGENIA.

¡ Y bien ! de vuestras furias la medida
llenàd... libradme pues de los espantos
que hacen temblar la fiel Naturaleza ,
y que mis tristes ojos , ya temblando ,
prevèèn con horròr. Al bruto arbitrio
de sospecha y terror , con que os combato ,
romped mi corazon , de miedo y crimen
incapaz ; este ardiente temeràrio
corazon , que querèis , aunque sin fruto ,
hacer culpable ; no aguardèis en vana
mirarme à vuestros pies: caèr quisiera
por que dèis priesa al golpe , no al amago.

THOAS , *à los Guardias* .

Traìgase la otra Victima à las Aras.

à Yphigenia

En su corazon bruto ensangrentado ,

mi legitima furia và con vista
fiel y atenta, ademàs de castigaros,
à consultar al cielo en sus enojos,
en su resentimiento, en sus estragos.

Se abre lo interior del Templo: descùbrese à Orestes, que se acerca al Altar en medio de las Sacerdotisas.

YPHIGENIA. *aparte.*

¡ Donde estoi ? ¡ Que espectaculo terrible !
¡ Dulce Naturaleza ! ¡ Amado Hermano !
¡ O espanto so funesto sacrificio
de una vida infeliz, que adorè tanto !...

SCENA VI.

THOAS. ORESTES. YPHIGENIA. YSMENIA. EUMENA. SACERDOTISAS. GUARDIAS.

THOAS, *à Yphigenia.*

Venìd pues à cumplir obligaciones
de vuestro ministerio sacro-santo.
Tomàd sobre el Altar el reverente
cuchillo: consumàd el noble Acto.

YPHIGENIA.

¡ Señor...

THOAS,

Obedeced al justo Cielo

que os lo manda.

YPHIGENIA, *à parte*.

¡O terrible! o siempre amargo *alto*
momento! ¡O Dioses! amparàd mi aliento:
venìd à socorrèrme en mis desmayos!
Yo me rindo... Señor... Yo solo puedo
morir... reconocèd mi triste llanto...

THOAS

¡Que! ¿os atrevèis aquì contra vos misma
à burlàr el Decreto eterno y santo
de los Dioses que vèn vuestras traiciones?

ORESTES.

¿Que es lo que tù le mandas, dì, tirano,
cuyo terror, de un templo de piedades
hace un horrendo tragico teatro?
En vergonzosa afrenta de los Dioses
que tu soñado error, tu atròz engaño,
abàte hasta la vil iniqua nada
de tu Ser ferosisimo malvado...
Monstruo... ¿puedes pensàr que en sangre humana
por complacèr tu horror, embriagados,
no se puede ablandar su enojo justo
àmènos que un puñàl arme la mano?
Cesa de hacer los Dioses à tu imagen,
y de erigìrles homenages falsos
en crimen, homicidio, alevosias.

Si

Si ese tu corazon desatinado
apetece bebèr mi noble sangre,
Tigre... ven tù à rompèr mi heroico flanco;
THOAS.
¡ Que oigo ! ¿ tù tambien aquì te atreves,
insensato, ignorante temerario...
à Ybigenia.
Obedecèd: herìd.
YPHIGENIA.
¡ Señor...
THOAS.
En breve...;
YPHIGENIA.
¡ Vèd...
THOAS.
Su muerte.
YPHIGENIA.
¡ Ah Señor !... este es mi hermano...;
ORESTES.
Sì, yo lo soi. A vista del valiente
hijo de Agamenòn, traidor, tirano,
baja los ojos, y este nombre admira:
buèlvete à los horrores del espanto
que te mata. Yo, Bàrbaro... he querido
arrebatarte vida y Simulacro.
Por la voz imperiosa de la sangre
de infelices tristìsimos humanos,

en que tu bruto corazon se sácia
por ministerio de inocentes manos:
à sus gritos ansiosos lastimèros
que vibran en defecto de los Rayos,
incitado mi brazo aquì venì a
à vengar à la tierra y à vengarlos;
y de la atrocidad de un culto impìo
destruidor, frenètico, inhumano,
à lavàr con el todo de tu sangre
al hombre y à su Autòr, contra tì airados.

YPHIGENIA, *à Orestes.*

Cesa ya...

ORESTES.

*S*è Yphigenia, sè mi hermana.
Para mì tu terror, es sonrojado
principio de ignominia. La firmeza
que es propria à la virtud, manifestando,
merezcamos la suerte sin que logren
redìr nuestros alientos temerarios.

THOAS. *à parte.*

A este exceso de orgullo y de esta audàcia
frenètica, un horrendo nuevo espanto
encadena mi lengua balbuciente...

à Orestes.

¿ Para aquì despreciarme, indigno esclavo,
habla, ¿ que gran poder te se figura?

ORESTES.

Si

Si yò, impiò ... te huviera castigado,
cumpliria la Ley.

THOAS, *turbado.*

Cedo à mis furias.
Herìd; sea quien fuere este inhumano,
cumplìd la obligacion que aquì os ocupa,
y vengàd mis respetos de un engaño.

YPHIGENIA.

¡ O Cielos ! ¿ tal oìs, y en vuestras iras
no desprendèis relampagos y Rayos?
¿ no explicàis vuestro enojo en grandes truenos?
¿ Mantenèis bajo el peso de sus pasos
cerradas las gargantas del Abismo?...

à Thoas.

De una ciega impostura aprisionado,
Parricida, ¿ te atreves tù à mandarme
ultrajàr los respetos sacro-santos
de la Naturaleza? ¡ Que! ¿ pretendes
que yo sea el verdugo de mi hermano,
y que en su corazon, ya tembloroso,
profundìze el puñal? ¿ Que aun respirando,
mis manos, estas manos sanguinosas,
violentamente arranquen de su flanco
sus entrañas ardientes palpitantes,
y que con fieros ojos, dominados
de tu furor, en ellas yo consulte,
por tu accion, à los Cielos espantados?...

¡ Ah!

¡Ah! este exceso de horror me restituye
todo mi gran valor... ¿Mas con que alto
derecho me domina aquì tu ira?
¿Eres tù mi absoluto Soberano?
¿Te presumes el Dios de estos Altares?
¿Devo en tributo de tu enojo avàro
rendìr mi sangre al màs indigno bruto,
al màs vìl entre todos los humanos?

THOAS.

Sin duda que la deves. ¿Aun te animas,
mi justo sentimiento despreciando...

YPHIGENIA.

Hìere: Sè mi verdugo: pero el Cielo
es solamente dueño de mis manos.

Se arroja acia el Altar, ase de la Victima, y despues se dirige à las Sacerdotisas.

Y vosotras, hacèd no se violenten
vuestros derechos, no sufràis Tiranos:
no obedescàis à otro que à los Dioses,
no oigàis mas que mi voz, mi tierno alago.
Conteneos en el termino preciso
de vuestra obligacion, de vuestro cargo.
Defendèd afligido à esse inocente;
en su misera suerte consoladlo.

mostrandoles à Orestes.

Velàd en este por la heroica sangre
del Arbitro infeliz de los Humanos.

La

La defensa piadosa de su vida.
en vosotras el Cielo ha descargado.

Las Sacerdotisas forman un circulo al derredor de Orestes

THOAS.

Guardias...

ORESTES, *à Yphigenia.*

Deja mi hermana, deja à mi ira
que me immòle à su barbaro conato.

THOAS, *à los Guardias.*

¡Que! ¡à su aspecto retrocedèis cobardes!

Los Guardias hacen un movimiento, Yphigenia se abanza acia ellos.

YPHIGENIA.

Respetàd tan gran Rey. Tenèos, profanos.

SCENA VII.

THOAS. ORESTES. YPHIGENIA. YSMENIA. EUMENA. SACERDOTISAS. ARBàS. GUARDIAS.

ARBàS *atònito.*

¡Ah, Señor! pareced. Terrible Escolta...

THOAS.

¡Que horrible ruido, ¡ò Cielo! violentando
llega la puerta! Vamos al socorro ...

Pero inmolèmos antes à mi agravio ...

YPHIGENIA, *interponiendose.*

¿ Llegas tù à despreciàr los mismos Dioses,
que aquì estàn por nosotros batallando ?

ORESTES, *empujando con violencia à Yphigenia, y ofreciendose à los golpes de Thoas.*

¡ Ah! deja que en mi sangre su barbarie
consìga su rencor dejar saciado.

THOAS, *levantado el brazo sobre Orestes.*

Sè tù el primero obgeto de mi furia,
traidor ...

SCENA VIII.

THOAS. ORESTES. YPHIGENIA. YSMENIA. EUMENA. SACERDOTISAS. ARBÀS. GUARDIAS. PÌLADES. TROPA DE GRIEGOS.

PÌLADES *se abanza à la frente de los Griegos: detiene con una mano à Thoas, y lo hiere con la otra.*

Detente, muere, cruel tirano

à los Guardias y Sacerdotisas.

al piè de estos Altàres. Huìd vosotros,
homicidas temidos y sagrados
de infelices mortales.

Se precipita en los brazos de Orestes.

Poco despues aunque enagenado.

Nada temas.
Todo huye de mì... se ha dispersado
la Guardia. Yo engañar supe mi guìa,
con el leal Alcèo me he juntado.
Guiado por la amistad, favorecido
por los Dioses, à entrar buelvo triunfando
con los mìos en estos tristes sitios.

YPHIGENIA, *à Ysmenia con enagenacion.*

Corre à librar tu Padre de un engaño.

SCENA ULTIMA.

ORESTES. PÌLADES. YPHIGENIA. TROPA DE GRIEGOS.

ORESTES.

¡O mitàd de mi vida!

PÌLADES.

Vive.

ORESTES.

¡Ah! digno
grande Amigo, à vèr buelve en tanto astro
à mi Yphigenia.

PÌLADES.

¡A Yphigenia! ¡O Cielo!

YPHI-

Despues savrèis mi suerte, No perdamos
la ocasion. De este Templo de la muerte,
donde la virtud gime al yugo amargo
de la espada abatida, con respeto
vamos à arrebatar el Simulacro.
Tù me has dicho que al punto de su robo
terminaràn los Dioses los espantos
que te afligen, rompiendo la cadena
de terribles tormentos reiterados.

Quitan del Altàr la Estatua de Diana

ORESTES.

Ya siento en mì el efecto. ¡ Que espantosa
mutacion reconozco! ? Desde quando
domina en mì una calma tan profunda?
Ya mis delitos todos expiados
siento en mi corazon. Bajo mis plantas
y a el devorante Abismo se ha cerrado.
Huye el horror: en torno de mi vista
todo parece renacèr. Yo alcanzo
nuevo Sèr en un Mundo todo nuevo.

YPHIGENIA.

¡ O buenos hechos, nunca aquì admirados!

PìLADES.

Ympaciente ya Alcèo, favorables
los vientos, nos aguarda preparado
en la horrible Ri vera de estos mares.

Mar-

Marchèmos pues, amigos; y logrando
el àuspicio del Cielo, tan fecundo
pare asì repetirnos sus milagros,
corramos à llenar la grande Grecia
y el Mundo todo de terror y pasmo:

Fin del Acto Quinto, y de la Yphigenia.

APROBACION DEL Dr. D. CRISTOBAL Grosso, Prebendado de la Santa Yglesia Catedràl de la Ciudad de Cadiz, y residente en esta de San Lucar de Barrameda.

Por comision del Sr. D. Miguèl de Quintana y Bofill, Mariscàl de Campo de los Reales Egercitos de S. M. Governador Politico y Militàr de esta Ciudad, y Juez subdelegado de Rentas Reales: Hè visto la Tragedia intitulada *La Yfigenia en Tauride*, que escriviò en francès M. de la Touche, y hà corregido y traducido al Españòl, D. Domingo Josef de Arquellada Mendoza, Acadèmico Honorario de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla. En ella admiro los talentos del Traductòr, cultivados en lo mas florido de su edàd con lo fino de una posesion completa en el tesoro vastisimo de nuestro Ydioma; una sugecion laudable à las màs delicadas reglas de la Poetica, y un manejo justo en las licencias que esta brinda a sus Profesores. La Pieza manifiesta en su exacta traducion una modestia grande en sus espresiones, unas Sentencias que merecen llamarse morales y politicas. Y si por esto, y por que empieza à reproducirse este antiguo gusto de teatro, no haya lugàr condigno en los sugetos de talento estragado: puedo prometerme que fomentandose estas especies de Drammas en la Repùblica Literaria, de ella se propagaràn, quizà, al vulgo con la utilidad de una instu-

truccion provechosa. Esto me hace asegurar, que, reflexionada, no contiene cosa que se oponga a las Reales Pragmaticas de Ntro. Soberano, ni à las Leyes y maximas de nuestra Religion Catolica: por lo que juzgo puede darse la Licencia para su Ympresion. Asì lo siento en San Lucar de Barrameda à 19 de Noviembre de 1773.

Fr. D. Cristòbal Groso.

LICENCIA DEL Sr JUEZ

Vista la Censura puesta por D. Cristobal Grosso, Prebendado de la Sta Yglesia Catedràl de Cadiz, residente en esta de San Lucar de Barrameda, se concede Licencia à D. Domingo Josef de Arquellada Mendoza para que, à expensas suyas, pueda imprimir la Tragedia que ha traducido del Ydioma Francès al Castellano, titulada la *Yfigenia en Tauride*: atento à no contenèr cosa contraria à nuestra Sta. Fè y buenas costumbres, ni a las Reales Pragmaticas y Leyes de estos Reynos. San Lucar de Barrameda y Noviembre, 20 de 1773.

Quintana.

Rosillo.